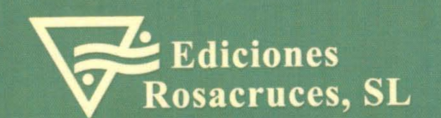


# Cartas Rosacruces

Las siete puertas
del misterio divino

Las Cartas Rosacruces forman parte de la correspondencia mística de Karl von Eckarhausen, filósofo del siglo XVIII, y constituyen según el autor, las siete puertas al misterio divino. Estas cartas, que sirvieron como manual de iniciación a los postulantes que aspiraban unirse a la Orden Rosacruz de la época, nos muestran el camino de la elevación de la conciencia por encima del ego personal, dejando atrás las ataduras de las esferas más densas de la existencia, para adentrarnos en el luminoso e insondable mundo de la Sophia, la Sabiduría Divina. Entre sus páginas descubriremos la esencia de la Rosa Mística que los filósofos de todas las épocas han buscado, y que pocos encontraron. Escritas en un estilo delicado y exquisito, estas cartas llegarán al corazón de aquel que esté preparado para recibir la inspiración de la que son portadoras.

Especialmente preparada para los miembros de la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, esta edición cuenta con una introducción especial realizada por Zalburis, FRC, SI, y con comentarios adicionales a cada carta, que ayudarán a la comprensión y a la profundización de su significado.






# Cartas Rosacruces

Las siete puertas del misterio divino

Correspondencia Mística de
Franz Karl Friedrich von Eckartshausen

Comentada por Zalburis, FRC, SI

# Cartas Rosacruces

## Las siete puertas del misterio divino

Ediciones Rosacruces, SL

Ediciones Rosacruces, SL
Apdo. de Correos 199
08140 Caldes de Montbui
Barcelona (España)



ISBN: 9788495285478
Depósito Legal: B-30964-2012
Impreso por: Publidisa
Primera Edición: Noviembre 2012
Barcelona (España)

Colección Rosa-Cruz

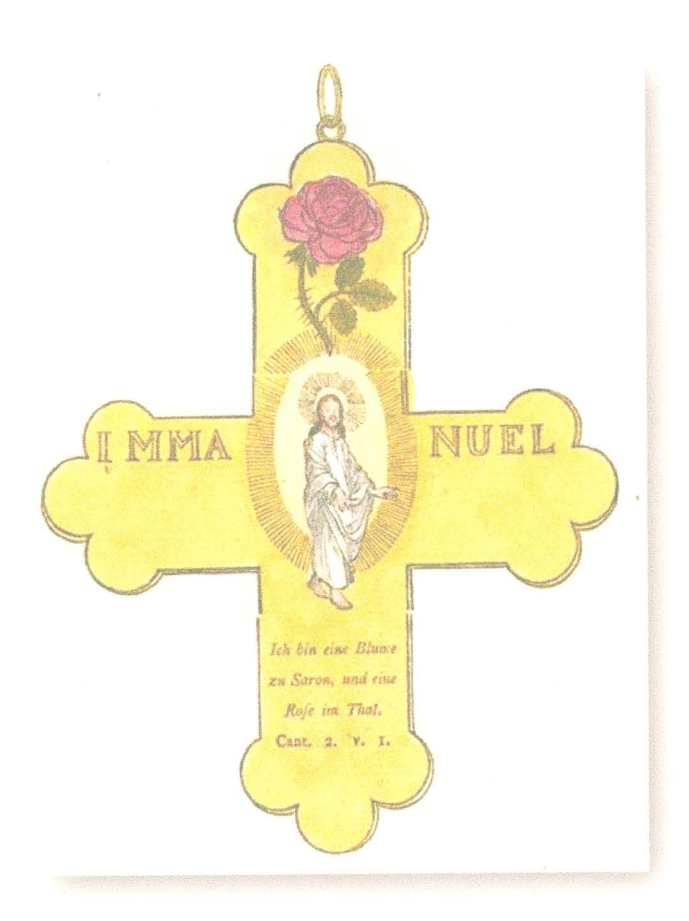
www.edicionesrosacruces.es
info@edicionesrosacruces.es



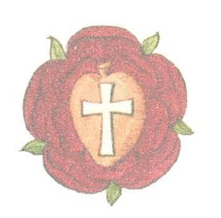
Dedicado, con respeto y gratitud, a los Rosacruces
del pasado, del presente y del futuro.



# Índice

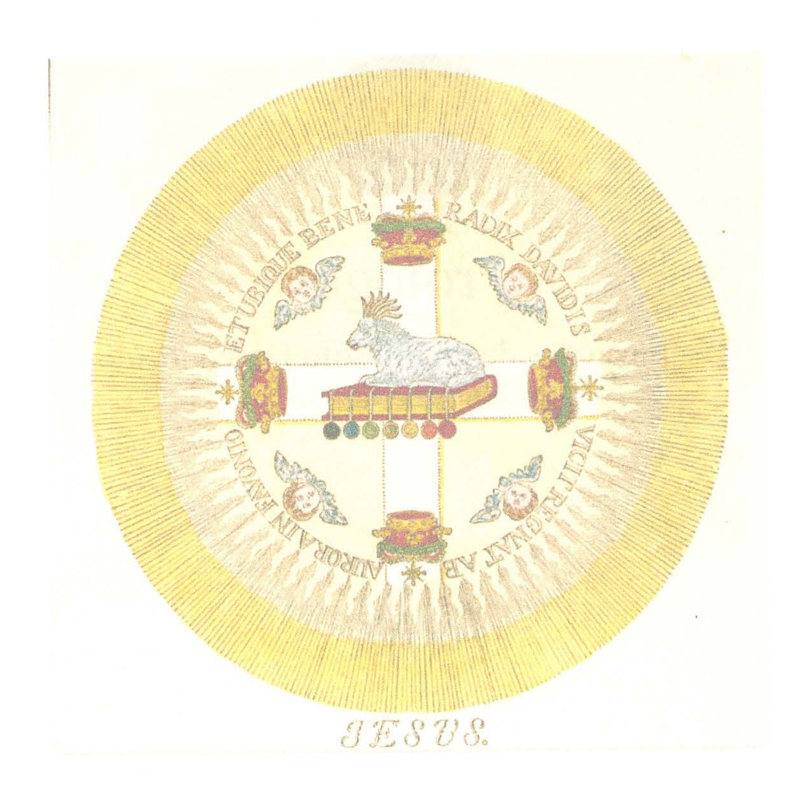

IMMA
NUEL
Ich bin eine Blume
zu Saron, und eine
Rose im Thal.
Cant. 2. v. 1.

# Índice



# Prólogo

## Instrucciones de un Filósofo Desconocido a un Hombre de Deseo




## Prólogo

### Instrucciones de un Filósofo Desconocido a un Hombre de Deseo

*«Pues el libro en el que reside todo secreto es el hombre mismo: él mismo es el libro de la esencia de todas las esencias, pues él es la semejanza de la divinidad; en él reside el Gran Arcanum, que sólo puede revelar el Espíritu de Dios»*

*Epístolas Teosóficas: 20, 3*
*Jakob Böhme*

La presente recopilación de correspondencia es conocida como «Cartas Rosacruces», tal como lo indica la breve introducción de la versión castellana de la misma: *Las Cartas Rosacruces jugaron en su momento el papel de «manual de iniciación» de los llamados por la Orden Rosacruz de Europa para integrarse en sus filas. Prueba de ellos es que fueron redactadas en los primeros idiomas de la Orden: alemán e inglés. Las Cartas Rosacruces eran la guía espiritual básica de todo recién iniciado en el primer grado de los misterios de la Orden; en ellas se condensaban las nociones fundamentales que debía comprender, y*

*llevar a la práctica, todo neófito, si quería ascender con éxito los peldaños de la progresión mística. En definitiva, puede decirse que el texto instruía en lo arcano a quienes habían sido escogidos por la pureza de su corazón y su potencia espiritual. Por esta razón, quizá, el primer y más importante consejo que se da al lector es que para ser científico es preciso ser previamente virtuoso, es decir, que para recibir la luz divina en el corazón y comprender los secretos divinos, es condición sine qua non haber penetrado en los dominios del Señor Todopoderoso. Sin comprender esto con el corazón, no se puede iniciar la larga y tortuosa andadura de la transmutación del individuo.*

Con el fin de aportar un referente histórico a estas epístolas redactadas por auténticos filósofos de la unidad, dejo la referencia de que aparecieron públicamente por vez primera en la revista «The Theosophist» en sus publicaciones de julio a diciembre de 1887, correspondientes a los volúmenes 8 y 9, en los cuales el editor indica: *«El Dr. Hartmann nos presenta su serie de "Cartas Rosacruces" que corresponde a extractos de los documentos de Karl von Eckartshausen».*

Franz Karl Friedrich von Eckartshausen[1] es un pilar fundamental para entender el pensamiento teosófico alemán generado por una organización de místicos que desde 1625 toman el nombre de «Société des Philosophes Inconnus», es decir «Sociedad de los Filósofos Desconocidos». Ya desde ese año circulaba en Europa un opúsculo titulado *«Un Áureo Tratado sobre la Piedra Filosofal»* cuyo autor firmaba como «un Filósofo Desconocido, todavía viviente, para enseñanza de los niños y para conocimiento

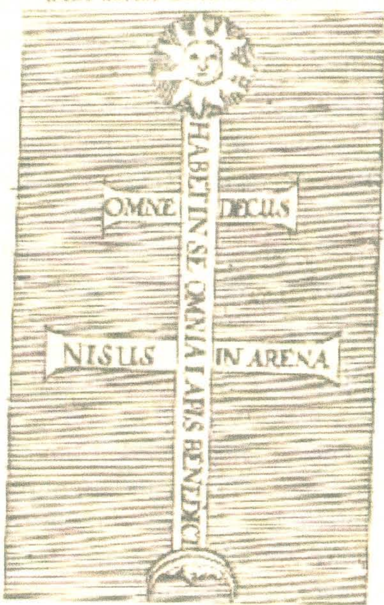


de los Hermanos de la Cruz de Oro» con lo que se demuestra que la denominación era ya empleada antes de 1643.

La palabra «Filósofo» en este contexto no tiene relación con los graduados de alguna Facultad universitaria de Filosofía, sino por el contrario, se restituye el sentido medieval del término como «Filósofo del Fuego», es decir, Alquimista.

Son numerosos los testimonios impresos que ilustran la existencia y las actividades de los Filósofos Desconocidos durante los siglos XVII y XVIII: En el año 1646, el abad de Notre Dame de la Chapelle y obispo de Bellay (Francia) Hermano Dom Jean-Albert Belin publica su libro *Les Aventures du Philosophe Inconnu en la Recherche et en l'Invention de la Pierre Philosophale* (Las aventuras del Filósofo Desconocido en la investigación y la invención de la piedra filosofal) editado en París por E. Danguy. En 1673, el alquimista anónimo que se ocultaba bajo el seudónimo de «Atremont» publicó el libro *Le Tombeau de la Pauvreté dans lequel il est traité clairement de la transmutation des metaux et du moyen qu'on doit tenir pour y parvenir. Par un Philosophe Inconnu en faveur de ses amies particuliers* (La Tumba de la pobreza en la que se trata claramente la transmutación de los metales y los medios que hay que tomar para llegar allí. Por el Filósofo Desconocido en favor de sus amigos especiales). En 1691 fue publicada en París la obra de Alexander Sethon «el Cosmopolita» titulada *Traités du Cosmopolite nouvellement découverts. Ou après avoir donné une idée d'une société de philosophes, on explique dans plusieurs lettres*

AUREUS TRACTATUS
DE
PHILOSOPHO-
RUM LAPIDE.
*AB ADHUC VIVENTE, SED ANO-
nymo Philosopho Germanicè in lucem emissus,
nunc autem Latinitati donatus.*




FRANCOFURTI,
Apud HERMANNUM à SANDE.

*M DC LXXVII.*



*de cet auteur la théorie et la pratique des vérités hermétiques* (Tratado de un Cosmopolita, recientemente descubierto. Que, después de dar una idea de una sociedad de los filósofos, explica en varias cartas de la teoría del autor y la práctica de las Verdades herméticas).

En el año 1763, aparece el *Traité d'un Philosophe Inconnu sur l'Oeuvre Hermétique. Revue et elucidée par le disciple Sophisée sous les auspices (sic) des Cohernistes Philovites et Crisophilos* (Tratado de un Filósofo Desconocido sobre la obra hermética. Revisado y aclarado por el discípulo Sofista bajo los auspicios de Cohernistes Philovites y Crisophilos). En 1788, en el primer tomo de las *Geheime Figuren der Rosenkreuzer aus dem 16ten und 17ten Jahrhundert* (Los Símbolos Secretos de los Rosacruces de los siglos XVI y XVII), publicadas en Altona, aparece un «Discurso de un Filósofo Desconocido (Unbekannten Philosopho) dedicado a la Fraternidad R+C». En 1790, el alquimista Duchanteau publica *Le grand livre de la nature ou l'Apocalypse philosophique et hermétique* en cuya portada se aclara que dicha obra fue «revisada por una Sociedad de Filósofos Desconocidos» y que su contenido se refiere «a la Filosofía Oculta y a la Sociedad de la Rosa+Cruz».

Durante el siglo XVIII la actividad de la Sociedad de los Filósofos Desconocidos en toda Europa fue intensa y semipública. Grandes personalidades decoraron sus filas: el príncipe Christian von Hesse, el príncipe Alexis Borisowitz Galitzin, los hermetistas Duchanteau y su discípulo el conde Saxonius Comneno, testimonio vivo de la alianza multisecular existente entre la Sociedad de los Filósofos

BIBLIOTHÈQUE DES HAUTES SCIENCES



LE GRAND LIVRE

DE

LA NATURE

OU

L'APOCALYPSE

PHILOSOPHIQUE ET HERMÉTIQUE

OUVRAGE CURIEUX
dans lequel on traite de la Philosophie Occulte,
de l'intelligence des Hieroglyphes des anciens,
de la Société des Freres de la Rose-Croix,
de la transmutation des métaux, et de la communication
de l'homme avec des êtres supérieurs et intermédiaires entre
lui et le Grand Architecte.

VU PAR UNE SOCIETE DE PH... INC..
ET PUBLIÉ PAR D... DEPUIS I JUSQU'A L'AN 1790.
AU MIDI
ET DE L'IMPRIMERIE DE LA VÉRITÉ.

Nouvelle édition, revue et corrigée, augmentée d'une introduction
Par OSWALD WIRTH

PARIS
LIBRAIRIE DU MERVEILLEUX
P. DUJOLS & A. THOMAS
76, RUE DE RENNES

1910



Desconocidos y la Casa de los Comneno.

Frederik Gottlieb Ephraim Wiesse, bajo el seudónimo de «Magister Pianco», publicó el libro Der Rosenkreutzer in seiner Blosse (Amsterdam, 1781) en el cual se refería a una cofradía de sabios a quienes llamaba «Superiores Desconocidos» (Unbekannten Obere) quienes se organizaban en pequeños círculos. Según Wiesse «quien quiera ser iniciado y admitido en sus secretos debe ser un hombre de honor y de un verdadero poder espiritual. Además, debe poseer un considerable conocimiento, pues sólo se aceptará a aquellos de quienes se puedan esperar grandes servicios para la Santa Fraternidad». Luego agregaba que «los iniciados usan el doble triángulo, símbolo de las tres cualidades de Poder, Sabiduría y Amor. Los Maestros del segundo grado o Segundo Secreto son Maestros en el conocimiento de la Naturaleza, de sus fuerzas y de sus reinos. Se los llama Filósofos o Sabios del Mundo y su ciencia es la Sabiduría Universal, (la Sabiduría Universal aludida era la «Pansophia» a que se referían los antiguos Rosa+Cruces en sus manuscritos). Estos Sabios se ocupaban de sus cosas en secreto. Nadie sabe dónde se reúnen ni lo que hacen. Poseen, además, una ciencia secreta que es conocida solamente por los más altos entre ellos a quienes llaman Magos, Mágicos o Sabios Maestros, los cuales enseñan al pueblo artes divinas. Pueden hacer cosas que parecen sobrenaturales...»

En Francia, la Sociedad de los Filósofos Desconocidos se manifestó como tal hacia 1646 y habría despertado las resistencias de ciertos sectores católicos impregnados del naciente espíritu moderno y racionalista para

quienes las doctrinas tradicionales y esotéricas eran ya incomprendidas y por ende se convertían en sospechosas. Sería necesario esperar al próximo siglo para que naciese el «*Philosophe Inconnu*», el Filósofo Desconocido, Louis Claude de Saint Martin.

En tierras germánicas, las actividades esotéricas de la Sociedad de los Filósofos Desconocidos dedicadas especialmente a la Alquimia cristiana, produjeron un gran florecimiento de espíritus selectos entre los siglos XVI y XVIII. Entre otros grandes iniciados se destacaron especialmente: Heinrich Khunrath (1560-1605), Jakob Böhme (1575-1624), Georg Gichtel (1638-1710) y Rudolf von Salzmann (1774-1871), Johan W. von Goethe (1749-1832), el mencionado marqués Louis Claude de Saint Martin (1743-1803) y Karl von Eckartshausen, (1752-1803).

De esta forma, este recorrido por la literatura de los filósofos que han decidido pasar desapercibidos a los ojos de los profanos, nos permite unir a Jakob Böhme, uno de los más grandes y profundos teósofos, con Karl von Eckartshausen, autor de Las Siete Puertas del Misterio Divino, o Cartas Rosacruces. Eckartshausen y Böhme son dos agentes de esa Hermandad Rosacruz que con su enseñanza nos dejan un legado a todos los hombres de deseo en búsqueda de la reintegración.

Así pues, las siete puertas que nos presenta la compilación de correspondencias de Karl von Eckartshausen nos lleva de la mano a navegar en el misterio de la Sabiduría Divina para luego darnos el medio práctico para aproximarse a la luz, que nos permitirá dilucidar con claridad entre la verdad absoluta y la relativa, la cual es posible gracias a la doctrina secreta que nos depara el camino de la Rosa-Cruz, por medio de las enseñanzas de los adeptos; en este punto las dos últimas cartas nos muestran las experiencias que el mismo Eckartshausen ha pasado en este sendero y nos comparte una carta recibida en la que le explican qué es "el Círculo Interno de los Hermanos".



Las enseñanzas vertidas por Eckartshausen nos permiten adentrarnos en los arcanos ancestrales de la iniciación del corazón, la vía cardíaca predicada por el Filósofo Desconocido, Louis-Claude de Saint-Martin, en El Hombre Nuevo: «Aunque el hombre haya nacido para el espíritu, no puede sin embargo gozar de sus dulzores y de las luces del espíritu más que en la medida que él comience a hacerse espíritu. He ahí porqué la sabiduría activa e invisible hace descender continuamente su peso sobre el hombre, a fin de que reúna sus fuerzas y sus principios de vida espiritual. Además, esta sabiduría activa e invisible no hace descender su peso sobre el hombre sin verter en su corazón algunas de las influencias vivas de las que ella es órgano y ministro, y entre las cuales hace eternamente su morada. Cuando ha preparado así al hombre, y el hombre no la ha contrariado en sus deseos, entonces transporta al espíritu del hombre a la morada de esta luz, donde él tuvo su origen; y allí, el hombre se sacia con largos tragos de los dulzores que pertenecen a su existencia; se sacia sin turbación ni inquietud, como la sabiduría misma, porque, por los cuidados que ella le ha procurado, su corazón se ha hecho puro, como ella, e independientemente de los movimientos tan inciertos de la frágil rue-

da de los tiempos; lo superior y lo inferior se encuentran para él en perfecta analogía, siente que la paz que descubre en estas regiones invisibles se encuentra igualmente en él mismo; no sabe si su interior está en este exterior divino o si este exterior divino está en su interior; lo que siente es que todo esto le parece uno para él, que todas estas cosas y él tienen el aspecto de no ser más que una sóla y misma cosa».

Como nos aclara Böhme en Aurora (XXII, 46): «Pues no puedes decir ¿dónde está Dios? Escucha, hombre ciego, vives en Dios y Dios está en ti y si vives santamente eres Dios tú mismo; dondequiera que mires, allí está Dios».

Las enseñanzas que los Rosacruces de la Sociedad de los Filósofos Desconocidos nos legaran en este compendio iniciático de siete puertas a siete estancias, nos llevan al septenario de Martínez de Pasqually que en su Tratado de la Reintegración cree, como los antiguos caldeos, en la doble influencia, bienhechora o maléfica, de los astros, en la acción predominante de los planetas sobre la vida cósmica y en el papel profético de los cometas. Pero, en virtud del principio que da a todos los cuerpos un alma dotada de inteligencia y voluntad, traslada también al plano moral las influencias astrales que los caldeos concebían sobre todo desde el punto de vista material. «Los cuerpos planetarios superiores, mayores e inferiores, están realmente construidos de vida espiritual divina y de vida corporal pasiva. Al igual que el alma del Menor tiene por órgano al cuerpo, los Espíritus septenarios tienen como órganos a los seres corporales» (los pla-



netas). Los siete principales Espíritus que el Creador ha destinado a su universo para instruir a la criatura menor e inferior de su voluntad y elevarla por este medio y por el de la inteligencia espiritual al perfecto conocimiento de las obras divinas, están también destinados a toda la creación para sostenerla en todas sus operaciones según la duración septenaria (7.000 años) que Dios le ha fijado; ellos presiden como jefes las diferentes acciones y movimientos de todos los cuerpos y operan en favor de todos los habitantes materiales del mundo terrestre. En resumen, la acción de los Espíritus Septenarios es doble: por el número 3 (materia) actúan sobre las formas (acción de los planetas sobre la vida orgánica); por el número 4 actúan sobre el espíritu del Menor; de ellos emanan a la vez el "alma pasiva" (vegetativa) marcada por el Ternario y el "alma impasiva" (chispa divina) portando el Cuaternario».

Sobre el número Siete el Filósofo Desconocido dirá: «Segunda potencia divina. Número emanado del denario por 3 y 4. Número más que perfecto que el Creador utilizó para la emancipación de todo espíritu fuera de su inmensidad divina. Número del Espíritu Santo, que pertenece a los espíritus septenarios, rectores del universo. Número del círculo de los espíritus mayores y por lo tanto número de la reconciliación, puesto que la potencia de acción de los espíritus mayores se ejerce sobre las formas, 3, y sobre el alma del menor, 4».

Estas siete puertas son el septenario de Sophia, la virgen celeste, por medio de la cual todo Filósofo aspira a desposarse en el misterio de las bodas alquímicas. El misterio de la Sophia en el rosacrucismo y el martinismo es

una herencia del Teósofo teutón, Jakob Böhme. Sophia personifica la pureza primera. Esta pureza no es tampoco la vacuidad de la Nada. En un momento en que la corporeidad no existe todavía, ella prefigura la pureza de un cuerpo sublime que será el de Cristo. Sin embargo, es una pureza que es en sí misma el cuerpo de Dios. A este nivel, la Sabiduría ofrece la paradoja de un cuerpo sin materia. La virginidad de Sophia está en esta pureza primera que queda en lo absoluto, por bien que ella no sea solamente la Nada. La Virgen perfecta representa la pureza de un Dios que es a la vez Nada y Todo. Ella será el esplendor con el que Dios se revestirá como si fuera una vestimenta para ser conocido. Ella será la Gloria en la que Dios se manifestará. Sin embargo, la Sabiduría no es solamente el cuerpo sublime gracias al cual Dios aparece. Ella es también la voluntad que manda la manifestación divina desde su origen hasta su término. El cuerpo y la voluntad no son más que uno. La pureza de la Sabiduría no está solamente en su cuerpo inmaterial, está también en esta voluntad. Ella está en la indeterminación absoluta que es su libertad.

En el pensamiento de Jakob Böhme, pocas ideas han jugado un papel más importante; hay pocas concepciones que hayan ejercido una influencia más importante en la posteridad. No hay otra que sea más proteiforme. La sabiduría eterna de Böhme es un ojo[2] y, al mismo tiempo, el espejo en el que Dios se refleja[3]; el mundo de las ideas divinas,[4] la imagen eterna de Dios; la habitación, el cuerpo y el hábito de la Divinidad;[5] ella es cada una de estas cosas y todas a la vez. Ella es, y es lo que funda la unidad de



la concepción, el *Objectum*, el eterno de Dios en el que y por el que se refleja, se expresa y se revela. Ella sigue, por así decirlo, la evolución inmanente de Dios, transformándose con cada etapa alcanzada por esta evolución; ella hace posible a Dios una evolución emanante: Ella es pues una condición necesaria de esta evolución y, al mismo tiempo, un intermediario entre Dios y la naturaleza.[6] Ella es también, por la naturaleza, la imagen ideal que esta (o el Spiritus Mundi, el Amtmann, el Archeus) realiza o que tiende a realizar. Ella es su fin eterno, su Vorbild, su idea.[7] Jakob Böhme no explica muy bien la aparición de esta Sabiduría; evidentemente ella es coeterna a Dios puesto que sin ella Dios no sería Dios y no podría conocerse; ella es, dice, producida o expirada como el Hijo o el Espíritu.[8] La Sabiduría eterna no es sin embargo una cuarta persona de la Trinidad divina. Por otra parte, Böhme la identifica en ocasiones con el Ungrund.

Vemos muy bien porqué: ella es, en ella misma, tan indeterminada como este; ella no tiene (no contiene) nada, no produce nada, no engendra nada; ella es una Nada, un simple espejo cuyo objeto es el de reflejar.[9] Ahora bien, en el pensamiento de Böhme la idea del espejo se aproxima a la del Absoluto indeterminado.[10]

Si Böhme, en su discurso, distingue en Dios la «Deidad» que es el fondo del ser divino, que no es causa de nada, inaccesible, más allá de Dios mismo, de la «Divinidad» que, como un espejo, refleja la «Deidad» indistinta bajo la forma de la Santísima Trinidad, es porque él comprende que preside el origen de todo un Principio Infinito que es el único fundamental, Principio inaccesible, verda-

dera «Tiniebla» a nuestros ojos. En su Mysterium Mágnum, una de sus obras más convincentes, Böhme nos explica que la Sabiduría, precisamente, es el verdadero vehículo de la revelación del Principio Infinito, ocupando, en este aspecto, un lugar central en el interior del movimiento que induce al Principio en una suerte de paso que le conduce, poco a poco, de la invisibilidad a la visibilidad: «En comparación con la naturaleza, es el Uno, y al mismo tiempo, la Nada eterna; no tiene ni causa ni comienzo, ni lugar, y no posee nada fuera de sí mismo; es la voluntad de lo que es sin determinación, no es más que Uno en sí mismo, y no tiene necesidad de espacio ni sitio; se engendra en sí mismo de eternidad en eternidad; no hay nada que se le parezca, y no hay ningún lugar en particular donde resida: la eterna Sabiduría o inteligencia es su morada; es la voluntad de la Sabiduría, y la Sabiduría es su revelación». Por esta «revelación» primera y fundadora, situada en el origen de todo, efectuada por la virtud particular de la Sabiduría, el Principio, el Uno sin segundo, se moviliza y actualiza para aparecer y manifestarse en tanto que Santísima y Muy Pura Trinidad, no diferente de este Origen inconcebible que se designa como «Absoluto». De este «Absoluto», que está al otro lado de toda realidad sensible o no sensible, divina o humana, «Deidad» hasta tal punto silenciosa que es «inconcebible para sí misma», emerge pues primeramente el Padre, que es la voluntad misma del «sin-fondo», luego el Hijo que representa la voluntad prendada de sí misma, y finalmente el Espíritu Santo que realiza la unión de las dos formas de voluntad que Böhme bautiza como la «Nada Eterna», la Palabra no emanada de la Trinidad. En el seno de esta Trinidad, el



Hijo se envolverá en la Sophia a fin de poder incorporarse en el elemento puro, como nos lo enseña Saint Martin un siglo más tarde en una carta del más alto interés doctrinal, después de haber sido trastocado por las enseñanzas de Jakob Böhme, y a continuación se hará carne en el mundo manifestado para arrastrar, en virtud de su sacrificio y como consecuencia, las almas para elevarlas hasta su propia Divinidad. He aquí pues lo que escribe Saint Martin en una carta a Kirchberger sobre este asunto, ofreciéndonos, concerniente a la Sabiduría, luces absolutamente esenciales:

«Vos no seréis de la opinión de Pordage, cuando dice que ella [la Sabiduría] es la precursora de Jesucristo en el alma, puesto que sólo pueden venir juntos, visto que es en ella que se envuelve para incorporarse en el elemento puro, y hacerla descender en la región de los elementos mixtos y corruptibles o en el seno de María, para ir a continuación, a través de esta muerte que llevamos en nosotros, a elevar con él el alma humana purificada y regenerada en su vida divina. Pero seréis de la opinión de Pordage, cuando representa esta Sabiduría como no siendo un ángel, sino una virtud angélica, superior a todos los espíritus de los ángeles y los hombres. Así que no puedo contemplarla como el espíritu del Reparador del que habla San Pablo (Rom. VIII: 9), ya que este espíritu del Reparador es Dios, como el Reparador mismo; en fin, es la luz divina que ilumina todas las maravillas de la inmensidad divina, mientras que la Sabiduría no es más que el vapor o el reflejo; ella deja pasar por ella todas estas maravillas y es propiamente la conservadora de todas las formas de

los espíritus, como el aire es el conservador de todas las formas materiales; ella habita siempre con Dios, y cuando la poseemos, o quizá mejor cuando ella nos posee, Dios nos posee también, puesto que son inseparables en su unión, aunque distintas en su carácter». [11]

Es así como podemos unir a la cadena de los filósofos en su aspecto más puro, no los que solamente aman a Sophia,[12] sino aquellos que saben, poseen la sabiduría del amor; texto que usted, querido lector, tiene en sus manos. Las Cartas Rosacruces, son pues, no solo una lectura más, sino precisamente esas siete puertas, ese septenario tan anunciado por Jakob Böhme en su obra «La llave-Sex punta»: «El mundo visible es solamente una emanación de las siete Propiedades, pues procede a partir de las seis Propiedades actuantes, pero en la séptima (o sea, en el Paraíso) ella reposa, y este es el eterno Sabbat del descanso donde el Poder y la Virtud Divina descansan».

Digámoslo una vez más, Jakob Böhme subraya la autonomía absoluta del ser humano. Es como si en el fondo no tuviese necesidad de nada más. Dios mismo se nos ha dado antes de nuestro propio nacimiento. La eternidad se ha encarnado en cada uno de nosotros y toda individualidad es necesaria, en tanto que teofanía. Llegamos a nosotros mismos armonizando el caos, realizando la Imagen, descifrando la Signatura. No tienen ninguna importancia los nombres, el que uno se llame judío, el otro griego, el otro cristiano. Dios no hace acepción de personas. «Sapientibus est enim non curare de nominibus», dice el proverbio: es propio del sabio no preocuparse de los



nombres, no hacer demasiado caso a las palabras. El nombre no implica ninguna diferencia entre los hijos de Dios, sino que es la presencia del espíritu en el corazón (der Geist im Herzen, como escribe el teósofo), el deseo de hacer el bien, de obedecer a esa ley interior que llevamos grabada a fuego en las entrañas.

Junto con su maestro espiritual, Karl von Eckartshausen en su obra Die Wolke über dem Heiligtum (La nube sobre el Santuario), nos recuerda: «Si nuestro ojo interno es iluminado por la Luz Divina, entonces es el verdadero sol interno, por medio del cual todos los objetos vienen a nuestro conocimiento. Mientras que la Luz Divina no ilumine a este ojo, nuestro interior vive en las tinieblas. La aurora de nuestro interior comienza cuando esta Luz surja. El sol del alma ilumina nuestro mundo intelectual, como el sol externo ilumina el mundo externo. Este sol espiritual es Jesucristo. Puesto que, igual que el sol externo posee la luz y el calor, volviendo todo visible y haciendo que todo fructifique, así mismo el sol interno vuelve todo susceptible de ser conocido al espíritu, y activo en el corazón. Ya que la sabiduría y el amor son sus fuerzas, la razón y la voluntad del hombre sus órganos. Perfecciona nuestras potencias con la sabiduría y nuestra voluntad con el amor».

Sean bienvenidos a la aventura que el Consejero Áulico nos lega en su correspondencia, las cuales podemos considerar como las instrucciones de un Filósofo Desconocido a un Hombre de Deseo, a través de las cuales nos invita a hacer nuestra la misión del Filósofo Desconocido, Louis Claude de Saint Martin: «Mi misión en este

mundo fue conducir al espíritu del hombre por una senda natural, hacia las cosas sobrenaturales que le pertenecen por derecho, pero de las cuáles ha perdido totalmente la noción, sea por su degradación o por la instrucción falsa de sus instructores».

Alístense al misterio de Las Bodas Alquímicas de Christian Rosenkreutz, es decir, a volverse filósofos de la unidad, sabios en el amor, el amor del *Angelos Christos* que espera en tu corazón a su esposa, la Virgen Sophia, para obtener la piedra filosofal prometida a todo auténtico buscador de los misterios: morar por siempre en la luz de la sabiduría divina.

Zalburis, FRC, SI



## Referencias


1. Karl von Eckartshausen fue un escritor alemán, nacido en el castillo de Haimbhausen en Baviera, 1752, y muerto en Múnich en 1803. Era hijo natural del conde Carl von Haimbhausen, por la protección del cual fue nombrado consejero áulico, censor de la biblioteca en 1780 y finalmente conservador de los archivos de Baviera. Destacó como Teósofo y cabalista e intentó armonizar la química y el magnetismo animal con la mística. Entre sus obras, cabe destacar: De las fuerzas mágicas de la naturaleza, La nube sobre el santuario (1802), Tratado de la Creación y Dios es el amor más puro, 1790.

2. Sex Puncta Theosophica, I, 11; Mysterium mágnum, I, 7

3. De Incarnatione Verbi, II, cap. I, 11

4. Cuestiones Theosophicae, II, 10

5. Mysterium mágnum, I, 3

6. Clavis 19

7. Mysterium Mágnum, I, 7

8. De Electione Gratiae, I, 12

9. Sex puncta Theosophica, I, 16

10. A. Kyoré, La philosophie de Jakob Böhme, Vrin, 1979, págs. 344-345.

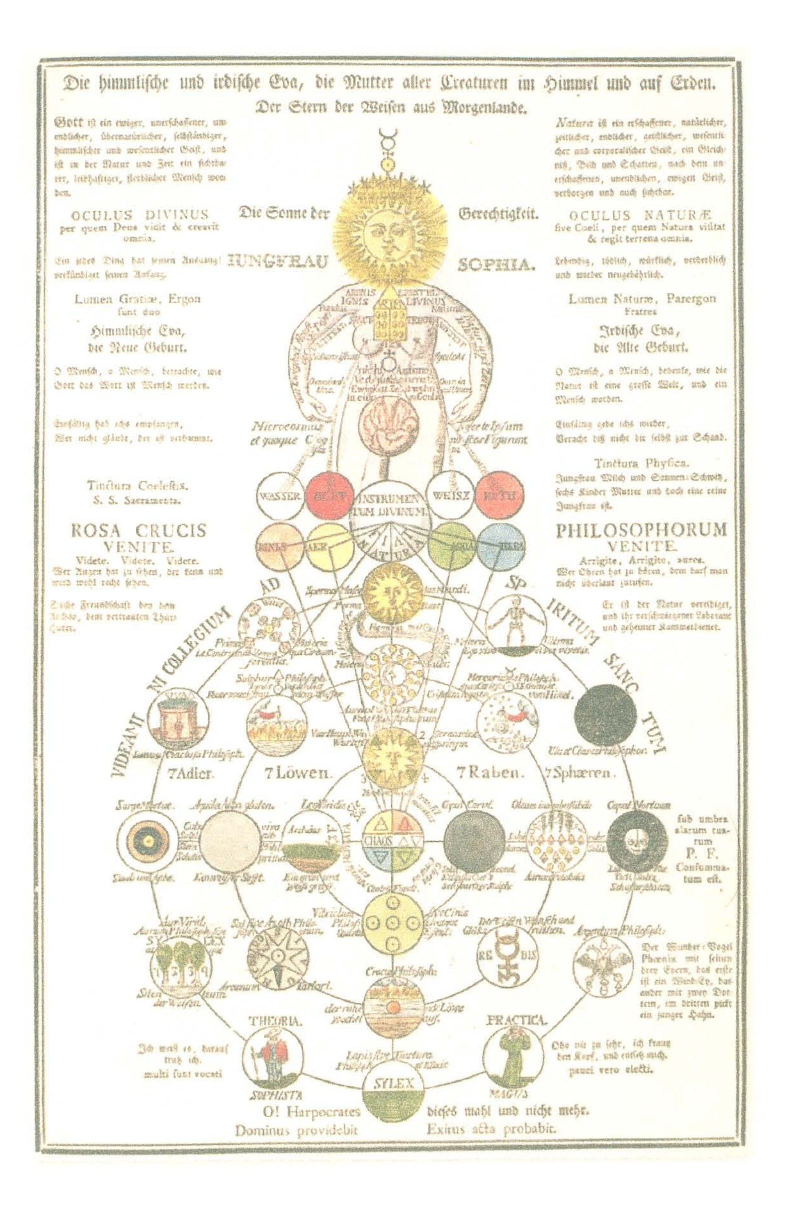
11. Correspondencia Inédita de Louis-Claude de Saint.-Martin [...] et Kirchberger, baron de Liebisdorf [...], París, Dentu, 1862, pág. 36.

12. Juego de palabras entre *φιλο-σοφός*; Philo-amor, Sophos-Sabiduría, de la clásica traducción Amor al Saber o por el Saber, invertimos las prioridades, tal como lo dice Emmanuel Levinas se pasa de la neutralidad a la alteridad, el nacimiento de la filosofía está en el encuentro con el otro que somos nosotros.



# Primera Carta

## La Sabiduría Divina




## Primera Carta
### La Sabiduría Divina

No intentes estudiar la más elevada de todas las ciencias si no has decidido de antemano entrar en el sendero de la virtud, porque aquellos que no son capaces de sentir la verdad no comprenderán mis palabras. Únicamente aquellos que entren en el reino de Dios comprenderán los misterios divinos, y cada uno de ellos aprenderá la verdad y la sabiduría sólo en la medida de su capacidad para recibir en el corazón la luz divina de la verdad. Para aquellos cuya vida consiste únicamente en la mera luz de su inteligencia, los misterios divinos de la naturaleza no serán comprensibles, porque las palabras que pronuncia la luz no son oídas por sus almas; únicamente aquel que abandona su propio yo puede conocer la verdad, porque la verdad sólo es posible conocerla en la región del bien absoluto.

Todo cuanto existe es producto de la actividad del espíritu. La más elevada de todas las ciencias es aquella por cuyo medio aprende el hombre a conocer el lazo de unión entre la inteligencia espiritual y las formas corpóreas. Entre el espíritu y la materia no existen las

líneas de separación marcadas, pues entre ambos extremos se presentan todas las gradaciones posibles.

Dios es Fuego, emitiendo la Luz más pura. Esta Luz es Vida, y las gradaciones existentes entre la Luz y las Tinieblas se hallan fuera de la concepción humana. Cuanto más nos aproximamos al centro de la Luz, tanta mayor es la fuerza que recibimos, y tanto mayor poder y actividad resultan. El destino del hombre es elevarse hasta aquel centro espiritual de Luz. El hombre primordial era un hijo de aquella Luz. Permanecía en un estado de perfección espiritual muchísimo más elevado que en el presente, en que ha descendido a un estado más material asumiendo una forma corpórea y grosera. Para ascender de nuevo a su altitud primera, tiene que volver atrás en el sendero por el cual descendió.

Cada uno de los objetos animados de este mundo obtiene su vida y su actividad gracias al poder del espíritu; los elementos groseros hállanse regidos por los más sutiles, y estos a su vez por otros que lo son todavía más, hasta llegar al poder puramente espiritual y divino, y de este modo, Dios influye en todo y lo gobierna todo. En el hombre existe un germen de poder divino, germen que desarrollándose, puede llegar a convertirse en un árbol del cual cuelguen frutos maravillosos. Pero este germen puede únicamente desenvolverse gracias a la influencia del calor que radia en torno del centro flamígero del gran



sol espiritual, y en la medida en que nos aproximamos a la luz, es este calor sentido.

Desde el centro o causa suprema y original, radian continuamente poderes activos, difundiéndose a través de las formas que su actividad eterna ha producido, y desde estas formas radian otra vez hacia la causa primera, dando lugar con esto a una cadena ininterrumpida en donde todo es actividad, luz y vida. Habiendo el hombre abandonado la radiante esfera de luz, se ha hecho incapaz de contemplar el pensamiento, la voluntad y la actividad del Infinito en su unidad, y en la actualidad tan sólo percibe la imagen de Dios en una multiplicidad de imágenes varias. Así es que él contempla a Dios bajo un número de aspectos casi infinito, pero el mismo Dios permanece Uno. Todas estas imágenes deben recordarle la exaltada situación que un tiempo ocupó y a la reconquista de la misma deben tender todos sus esfuerzos. A menos que se esfuerce en elevarse a mayor altura espiritual, ira sumiéndose cada vez más profundamente en la sensualidad, y le será entonces mucho más difícil el volver a su estado primero.

Durante nuestra vida terrestre actual nos encontramos rodeados de peligros, y para defendernos nuestro poder es bien poco. Nuestros cuerpos materiales nos mantienen encadenados al reino de lo sensual y un millar de tentaciones se lanzan sobre nosotros todos los

días. De hecho, sin la reacción del espíritu, la acción del principio animal en el hombre rápidamente lo arrastraría al cieno de la sensualidad, en donde su humanidad desaparecería en último resultado. Sin embargo, este contacto con lo sensual es necesario para el hombre, pues le proporciona la fuerza sin la cual no sería capaz de elevarse. El poder de la voluntad es el que permite al hombre elevarse, y aquel en quien la voluntad ha llegado a un tal estado de pureza que es una y la misma con la voluntad de Dios, puede, incluso durante su vida en la tierra, llegar a ser tan espiritual que contemple y comprenda en su unidad al reino de la inteligencia. Un hombre tal puede llevar a cabo cualquier cosa; porque unido con el Dios universal, todos los poderes de la naturaleza son sus propios poderes, y en él se manifestarán la armonía y la unidad del todo. Viviendo en lo eterno, no se halla sujeto a las condiciones de espacio y de tiempo, porque participa del poder de Dios sobre todos los elementos y poderes que en los mundos visible e invisible existen, y comparte y goza de la gloria (conciencia) de lo que es eterno. Diríjanse todos tus esfuerzos a alimentar la tierna planta de virtud que en tu seno crece. Para facilitar su desarrollo purifica tu Voluntad y no permitas que las ilusiones de la sensualidad y del tiempo te tienten y te engañen; y cada uno de los pasos que des en el sendero que a la vida eterna conduce, te encontrarás con un aire más puro, con una vida nueva, con una luz más clara, y



a medida que asciendas hacia lo alto aumentará la expansión de tu horizonte mental.

La inteligencia sola no conduce a la sabiduría. El espíritu lo conoce todo, y sin embargo ningún hombre le conoce. La inteligencia sin Dios enloquece, empieza a adorarse a sí misma y rechaza la influencia del Espíritu Santo. ¡Ah, cuán poco satisfactoria y engañosa es una tal inteligencia sin espiritualidad! ¡Cuán pronto perecerá! El espíritu es la causa de todo, ¡y cuán pronto cesará de brillar la luz de la más brillante de las inteligencias una vez abandonada por los rayos de vida del sol del espíritu!

Para comprender los secretos de la sabiduría no basta el especular y el inventar teorías acerca de los mismos. Lo que principalmente se necesita es sabiduría. Solamente aquel que se conduce sabiamente es en realidad sabio, aunque no haya recibido jamás la menor instrucción intelectual. Para poder ver necesitamos tener ojos, y no podemos prescindir de los oídos si queremos oír. Para poder percibir las cosas del espíritu necesitamos el poder de la percepción espiritual. Es el espíritu y no la inteligencia quien da la vida a todas las cosas, desde el ángel planetario hasta el molusco del fondo del océano. Esta influencia espiritual siempre desciende de arriba abajo, y nunca asciende de abajo hacia arriba, en otras palabras: siempre radia desde el centro a la periferia,

pero jamás de la periferia al centro. Esto explica por qué siendo tan sólo la inteligencia del hombre el producto o efecto de la luz del espíritu que brilla en la materia no puede nunca elevarse por encima de su propia esfera de la luz, que procede del espíritu. La inteligencia del hombre será capaz de comprender las verdades espirituales. Únicamente con la condición de que su conciencia entre en el reino de la luz espiritual.

Esta es una verdad que la gran mayoría de las personas científicas e ilustradas no querrán comprender. No pueden elevarse a un estado superior al de las esferas intelectuales creadas por ellas mismas, y consideran todo lo que se halla fuera de ellas como vaguedades y sueños ilusorios. Por lo tanto, su comprensión es oscura, en su corazón residen las pasiones, y no se les permite a ellos el contemplar la luz de la verdad. Aquel cuyo juicio es determinado por lo que percibe con sus sentidos extremos no puede realizar las verdades espirituales. Un hombre dominado por los sentidos se mantiene adherido a su yo individual, el cual es una ilusión, y naturalmente, odia la verdad, porque el conocimiento de la misma destruye su personalidad. El instinto natural del yo inferior del hombre le impulsa a considerarse a sí mismo como un ser aislado, distinto del Dios universal. El conocimiento de la verdad destruye aquella ilusión, y por lo tanto, el hombre sensual odia la verdad. El hombre espiritual es



un hijo de la Luz. La regeneración del hombre y su restauración a su primer estado de perfección, en el cual sobrepasa a todos los demás seres del universo, depende de la destrucción y remoción de todo cuanto oscurece o vela su verdadera naturaleza interna. El hombre es, por decirlo así un fuego concentrado en el interior de una cáscara material y grosera. Es su destino el disolver en este fuego las porciones materiales y groseras (del alma) y unirse de nuevo con el flamígero centro, del cual es a manera de chispa durante su vida terrestre. Si la conciencia y la actividad del hombre hállanse continuamente concentradas en las cosas externas, la luz que radia de la chispa divina desde el interior del corazón va debilitándose poco a poco, y desaparece finalmente. Pero si el fuego interno se cultiva y alimenta, destruye los elementos groseros, atrae otros principios más etéreos, hace al hombre más y más espiritual y le concede poderes divinos. No sólo cambia el estado del alma (la actividad interna), cambia también el estado receptivo más perfecto para las influencias puras y divinas, y ennoblece por completo la constitución del hombre hasta que se convierte en el verdadero Señor de la creación.

La Sabiduría Divina o «Teosofía» no consiste en conocer intelectualmente muchas cosas, sino en ser sabio en pensamientos, palabras y acciones. No puede existir ninguna Teosofía especial ni cristiana. La Sabi-

duría en lo absoluto (Sabiduría Divina) no posee calificaciones. Es el reconocimiento práctico de la verdad absoluta, y esta verdad es sólo UNA.

ᘛᘛᘛ ▽ ᘚᘚᘚ



## Primer Comentario de un Filósofo Desconocido[1]

La Sabiduría Divina evoca en cada uno de nosotros el deseo de volver a nuestro estado original, el estado de la Unidad con la Sabiduría Divina, esa que en Proverbios (8: 22-31), Salomón llama Arquitecto: «Yahveh me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui moldeada, desde el principio, antes que la tierra. Cuando no existían los abismos fui engendrada, cuando no había fuentes cargadas de agua. Antes que los montes fuesen asentados, antes que las colinas, fui engendrada. No había hecho aún las tierras ni los campos, ni el polvo primordial del orbe. Cuando asentó los cielos, allí estaba yo, cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo, cuando el mar dio su precepto para que las aguas no rebasaran su orilla, cuando asentó los cimientos de la tierra, yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando por el orbe de su tierra; y mis delicias están con los hijos de los hombres».

Es sabido que cuando Böhme escuchó por primera vez la palabra griega «idea» exclamó: «Veo la pura Virgen celeste». En efecto, la Sabiduría divina se encarna en Cristo andrógino y en la Virgen María. El alma humana

debe unirse a su virgen, acostumbra a decir Jakob Böhme.[2]

El concepto de la Sabiduría divina juega un papel extremadamente importante en Böhme y en sus sucesores y discípulos, pero en sus primeras obras es algo vago y se confunde a veces con el de la corporeidad celeste (sabiduría esencial, *wesentliche Weisheit*, *Ternarius Sanctus*). En *Aurora* Böhme nos decía que en el *salitter* divino se forman «figuras del todo ligeras», «ideas».[3] La Sabiduría divina es, en efecto, el mundo ideal en su unidad, en su belleza. «Nada, dice Böhme, representa mejor la Sabiduría divina que un hermoso césped cubierto de flores», imagen que aparece ya en *Aurora*.[4]

La sabiduría divina es, por así decirlo, el plan, el modelo preexistente de la creación: pero ella misma no crea, no engendra. No es sino el mundo ideal, o su imagen. Representa la armonía de las potencias creadoras de Dios, su expresión no mancillada ni por el mal ni por la discordia de la lucha. Ella es lo que el mundo debe ser y se encarna en cierta medida en el mundo real, que la realiza de modo imperfecto, pues se trata de un mundo caído. No se encarna como el alma en un cuerpo y por eso sería más preciso decir que es el mundo el que busca encarnarla imitándola, representándola, participando de ella, incluso apoderándose de ella.[5]

Para Böhme la Trinidad exige un cuarto término. Es como si la evolución inmanente de la divinidad no pudiera realizarse sin ayuda de una emanación, de una expresión ad extra.[6] Este espejo, este cuarto término es el que Dios se opone para poder reflejarse y verse en él, para tomar así plena conciencia de sí mismo y, por consiguiente, poder realizarse. Böhme lo llama, además, la Gloria y Esplendor de Dios. Esta Sabiduría, «cuarto producto» de la evolución inmanente de Dios, es su misma imaginación creadora.[7] Dios imagina en la Sabiduría, y su imaginación, acto mágico y misterioso por excelencia, realiza el milagro de expresar y traducir en imágenes finitas el pensamiento infinito de Dios; imaginación que encarna, por así decir, en seres limitados el espíritu infinito y traduce el Verbo divino «en formas y en colores», como gusta decir nuestro teósofo.[8]



Esta Sabiduría Divina es la que nos permite develar lo que Böhme denomina «Misterium Mágnum». Importante noción de Böhme que aparece por primera vez en La triple vida del hombre (cf. XVI, 37). Se trata del misterio de la esencia divina, que es al mismo tiempo lo más secreto (das heimlichste) y lo más revelable (das offenbarlichste) (cf. Psycología Vera, qu. I, 51), siendo su expresión el milagro más grande que ha obrado la eternidad (das grösste Wunder, dass die Ewigkeit gewirket hat (ib., qu. I, 69).

La Teosofía nos dice nuestra primera carta rosacruz es absoluta, es lo que Böhme llama Principium Principiis, un principio, es un nacimiento (Geburt). Este término es empleado en su sentido activo. Saint-Martin lo traduce por: engendramiento. Así, un principio es un modo de acción divina; es también la fuente de la que provienen y emanan los seres. Es una vida y también un mundo; un principio es, en Dios, lo correspondiente a cada uno de los tres mundos (el Paraíso, el Infierno y el Mundo sensible),

de los que se compone el universo de Jakob Böhme. Es, finalmente, un modo de revelación. Principio de revelación, de distinción y de determinación: aquí está el verdadero sentido de la noción de «principio de la naturaleza divina». Su función esencial sería introducir en la unidad indistinta de la Divinidad el movimiento, la diferenciación y la vida.



## Referencias

1. A cada Carta Rosacruz, le acompañará un Comentario, que tal cual lo indica el término es una acotación que aclara, interpreta o completa un texto.

2. Pero el término idea, relacionado con la Sabiduría, tampoco debe confundirnos. La virgen celeste no es la luz pura de la inteligencia divina, sino que sería más bien la imaginación pura del espíritu divino. El Dios de Böhme no se limita a pensar el mundo antes de crearlo sino que lo imagina.

3. Böhme aplica a la Virgen Sophia los textos bíblicos sobre la sabiduría eterna, que juega delante del Señor.

4. Por eso sería más exacto decir que «el mundo la realiza y la encarna» en lugar de afirmar que «ella se encarna en el mundo». Böhme dice también que ella «abre las fuentes productoras» y «desencadena [o pone en funcionamiento] la acción de las esencias» (cf. *De Tribus Principiis*, XIV, 87 y sigs.). Si lo entendemos bien, esto quiere decir que ella ofrece a la imaginación de las esencias el modelo que deben realizar. Sin embargo, en el *De Tribus Principiis*se encuentran también textos bastante numerosos donde la Sabiduría personificada aparece como obrando ella misma sobre las esencias-manantiales (cf. por ejemplo *De Tribus Principiis*, XV, 15).

5. Como quiera que haya que concebirla, el caso es que para Böhme el espíritu se refleja en el espejo de la Sabiduría, que suele aparecer la mayoría de las veces como una emanación y como algo posterior a la Trinidad. Así, el espíritu se conoce como tal y toma conciencia de su estado, que es pura virtualidad aún no realizada. Pero no se conoce plenamente aún, ya que se trata del Dios no revelado (Brahma ninguna, por decirlo con el Vedanta). Diossueña, podríamos decir, mas todavía no vive. Hay que recordar que el espíritu, según Böhme, no crea.

6. cf. *De Electione Gratiae*, I, 6

7. Algunos autores han hablado acerca de la posible, pero también dudosa, relación de Böhme con el gnosticismo, en relación con el con-

cepto de la Sophia. El propio Koyré afirma que no sabe de dónde le viene a nuestro teósofo tal noción, más allá de las referencias bíblicas. La originalidad de Jakob Böhme es aquí grande, pues los Padres de la Iglesia habían identificado la sabiduría bien con el Logos, bien con el Espíritu Santo o bien con María. Conocida es la identificación que la tradición ortodoxa hace de Sofía y María. El origen gnóstico parece poco probable, incluso admitiendo que Jakob Böhme conociese algo de los grupos gnósticos medievales. Otra posibilidad es la influencia de la cábala pero observando que la Matrona del Zohar no es la virgen de Böhme: la *Sophia* boehmiana es *eine reine Jungfrau und hat nie etwas geboren*, «una doncella pura y nunca ha dado a luz nada». La concepción de Böhme es muy personal. Sí cabe considerar la influencia de V. Weigel, quien también tenía fuerte devoción mariana y utiliza, además, el término Sophia aplicado a la Virgen María, siendo un término que no se encuentra en la Biblia de Lutero (Cf. Koyré, o.c., p. 213, nota 2).

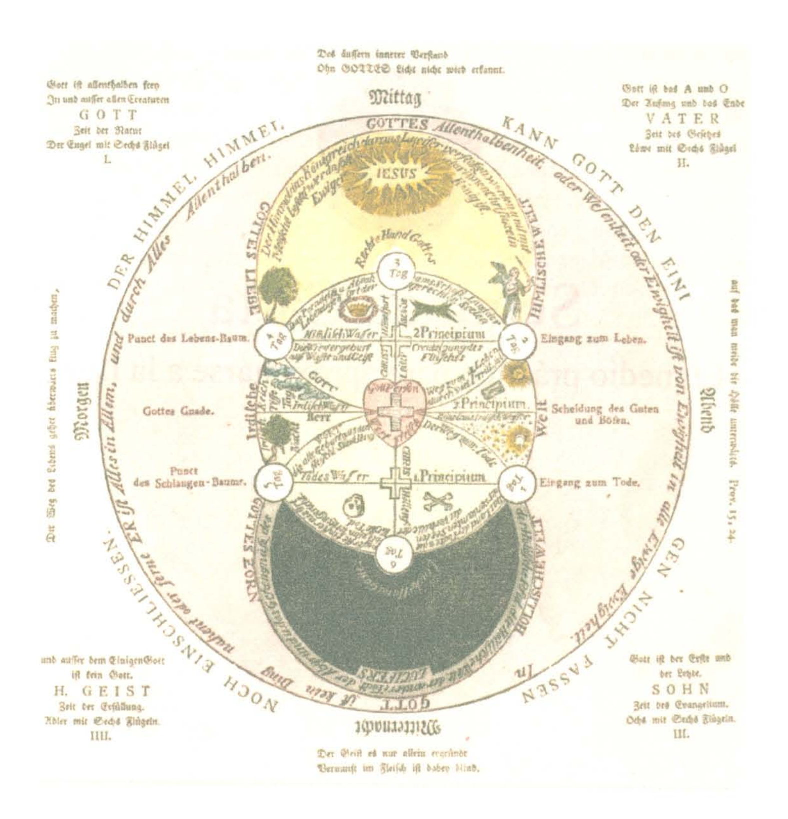
8. cf. *De Testamentis Christi*, I, cap. I, 6





# Segunda Carta

## El medio práctico para aproximarse a la Luz




# Segunda Carta

## El medio práctico para aproximarse a la Luz

Aquel que por medio de la gratificación de los deseos sensuales intenta llenar el vacío que en su alma existe no lo logrará nunca, ni pueden tampoco los anhelos que el corazón experimenta hacia la verdad ser satisfechos por la aplicación de la inteligencia a las cosas externas. El hombre no puede entrar en el puente de la paz mientras no ha vencido en su interior todo cuanto es incompatible con su ego divino y con sus aspiraciones.

Para obtener esta victoria debe el hombre tratar de aproximarse a la Luz, obedeciendo la ley de la Luz. El deseo hacia lo sensual y lo externo debe cesar en él, tiene que dirigir su visión espiritual hacia la Luz, y tratar de disipar las nubes que de la misma lo separan. El primer paso, y el necesario, es el tener conciencia de la existencia del germen divino dentro de uno mismo, para dirigir el poder de la Voluntad hacia aquel centro, para llevar una vida interna y para cumplir estrictamente todos los deberes internos y externos.

Existe una ley oculta, de la cual se ha hecho mención con frecuencia en escritos ocultos, pero que todavía es comprendida tan sólo por unos pocos, que dice "Cada una de las cosas de abajo tiene su contrapartida arriba, y nada existe, absolutamente nada, por insignificante que sea, que no dependa de algo que le corresponda mucho más elevado; así es que si el inferior obra, el superior reacciona sobre él". Según esta ley, todo deseo, pensamiento o aspiración, bueno o malo, es seguido inmediatamente de una reacción correspondiente que procede de lo alto. Cuanto más pura es la voluntad del hombre y menos adulterada por deseos egoístas está, tanto más enérgica será la reacción divina.

En el hombre, el propósito de progresar espiritualmente no depende en manera alguna de sus propios esfuerzos, al contrario, cuanto menos intente establecer leyes por sí mismo y cuanto más se somete a la ley universal, tanto más rápidos serán sus progresos. El hombre no puede en manera alguna poner su Voluntad en juego en sentido diferente del de la Voluntad universal de Dios. Si su voluntad no es idéntica a la voluntad divina, se convierte en una mera perversión de esta última y su efecto se anula. Sólo cuando la voluntad individual del hombre armoniza por completo y coopera con la voluntad de Dios, se convierte en poderosa y efectiva.



Además, en todos los tiempos han existido entidades celestiales o espirituales que han comunicado con el hombre para transmitirle un conocimiento de verdades espirituales, o para refrescar su memoria cuando semejantes verdades estaban a punto de olvidarse, y establecer así un fuerte lazo de unión entre el hombre intelectual y el hombre divino. Los hombres que son lo suficientemente puros pueden, aun durante esta vida, entrar en comunicación y conocer a estos mensajeros celestiales, pero pocos son lo suficientemente puros y espirituales para lograrlo. Como quiera que sea, es la Voluntad y no la inteligencia, la que debe ser purificada y regenerada, y por lo tanto la mejor de las instrucciones es inútil si no posee uno la Voluntad para llevarla a la práctica; y como nadie contra su Voluntad puede ser salvado, el deseo más íntimo del corazón debe ser el conocer y el practicar la verdad.

Aquel cuya Voluntad sea así de buena, logrará el saber y la potencia de la Fe verdadera, sin necesidad de ninguna clase de signos externos o de razones lógicas para convencerle de la verdad de aquello que él sabe que es cierto; únicamente el pretendido sabio del mundo pide semejantes pruebas; porque su corazón hállase lleno de presunción y su voluntad es mala, y por lo tanto no posee ni conocimiento espiritual ni fe, sin lo cual nada puede saber más que aquello que viene por medios externos;

mientras que aquellos cuyas mentes son puras y sin duplicidad, con el tiempo adquieren la conciencia de aquellas verdades en las que instintivamente han creído.

Todas las ciencias culminan en un punto. Aquel que conoce al Uno, lo conoce todo. Aquel que cree conocer muchas cosas, cree en ilusiones. Cuanto más te aproximes a este punto (en otras palabras, cuanto más íntima sea tu unión con Dios) tanto más clara será tu percepción de la verdad. Si a aquel punto llegas, encontrarás que existen cosas en la naturaleza que trascienden a la imaginación de nuestros filósofos y acerca de las cuales nuestros sabios no se atreven ni a soñar.

En Dios esta la vida toda; fuera de Dios no existe vida alguna, y aquello que parece vivir fuera de Dios es meramente una ilusión. Si deseamos saber la verdad, debemos contemplarla a la luz de Dios y no a la luz falsa y engañosa de nuestra especulación intelectual. No existe otro camino para llegar al conocimiento perfecto de la verdad que la unión con ella misma, y sin embargo, son bien pocos los que conocen este sendero. De aquellos que por él transitan, el mundo se burla y ríe; pero este mundo no conoce la verdad, porque es un mundo de ilusiones lleno de desgraciados, ciegos ante la luz de la misma.



El aprender a callar y a permanecer tranquilo, el permanecer impasible ante la risa del necio, ante el desdén del ignorante y en presencia del desprecio del orgulloso, es la primera señal de que comienza a brillar ya la aurora de la luz de la sabiduría. Sin embargo, la verdad, en cuanto ha sido plenamente realizada, es capaz de resistir aun el escrutinio intelectual más sereno y los ataques de la lógica más potente, sólo las inteligencias de aquellos que sienten la verdad, pero que todavía no la perciben, son las que pueden ser trastornadas por la sacudida. Aquellos que conocen y comprenden la verdad, permanecen firmes como una roca.

Durante tan largo tiempo, como no buscamos más que la gratificación de nuestros sentidos, o deseamos tan sólo la satisfacción de nuestra curiosidad, no es la verdad lo que buscamos. Para encontrarla tenemos que entrar en el reino de Dios, y entonces descenderá la verdad sobre nuestra inteligencia. No es necesario para lograrlo que torturemos nuestro cuerpo o que arruinemos nuestros nervios, pero sí es necesario que creamos en ciertas verdades fundamentales, que son instintivamente percibidas por todos aquellos en quienes no esta pervertida la inteligencia. Estas verdades fundamentales son la existencia de un Dios universal (origen de todo bien) y la posibilidad de la inmortalidad del alma humana. Posee el hombre una inteligencia razonadora, y por lo

tanto tiene el derecho y la facultad de hacer uso de la misma; lo cual quiere decir que puede emplearla en un sentido que esté en oposición con la ley del bien, la cual es la Ley del Amor Divino, la Ley del Orden y de la Armonía. No debe él profanar los dones que Dios le ha concedido por medio de la naturaleza, debe considerar todas las cosas como dones divinos, y considerarse él mismo a manera de templo viviente de Dios, y como un instrumento por medio del cual el divino poder puede manifestarse.

Un hombre fuera de Dios es cosa inconcebible porque la naturaleza entera, incluyendo al hombre, es sencillamente una mera manifestación de Dios. Si la luz penetra en nuestro interior ésta no es obra nuestra, el sol es quien nos la concede; pero si nos ocultamos del sol, la luz desaparece. Dios es el sol del espíritu; nuestro deber es permanecer iluminados por sus rayos, gozar de los mismos y llamar a otros para que entren en la luz. No existe mal alguno en procurar conocer esta luz intelectualmente si nuestra voluntad hacia ella se dirige, pero si la voluntad es atraída por una luz falsa a la que tomamos equivocadamente por el Sol, caemos necesariamente en el error.

Existe una relación definida y exacta entre la causa de todas las cosas y las cosas que aquella causa ha creado (producido). Puede el hombre, aun en esta vida,



llegar al conocimiento de estas relaciones, aprendiendo a conocerse a sí mismo. El mundo en el cual vivimos es un mundo de fenómenos (o sea, de ilusiones), puesto que aquello a lo que se acostumbra calificar como "real" aparece así únicamente mientras duran ciertas condiciones o relaciones entre el que percibe y el objeto de su percepción.

Lo que nosotros percibimos no depende tanto de la cualidad de las cosas que constituyen los objetos de nuestra percepción como de las condiciones de nuestro propio organismo. Si nuestra organización fuese diferente, cada cosa se nos presentaría bajo un aspecto diferente también.

Si hemos aprendido a realizar esta verdad por completo y a distinguir entre lo que es real y lo que es meramente ilusorio, podemos entonces entrar en el reino de aquella elevada ciencia, asistidos por la luz del espíritu divino. Los misterios de que se ocupa esta ciencia exaltada son los siguientes:

1. El reino interno de la naturaleza.

2. El lazo que une al mundo interno espiritual con las formas corpóreas externas.

3. Las relaciones existentes entre el hombre y los seres invisibles.

4. Los poderes ocultos en el hombre por medio de los cuales puede obrar sobre lo interior en la naturaleza.

En esta ciencia se hallan contenidos todos los misterios de la naturaleza. Si con corazón puro deseas la verdad, la encontrarás; pero si tus intenciones son egoístas, pon a un lado estas cartas, porque no serás capaz de comprenderlas, ni en tal caso te reportarán el menor beneficio. Los misterios de la naturaleza son sagrados, pero no los comprenderá aquel cuya voluntad es malvada. Pero si el malvado logra descubrir los misterios de la naturaleza, su luz se convertirá en un fuego consumidor en el interior de su alma, el cual le destruirá y cesará de existir.

∽∽ ▽ ∽∽



## Segundo Comentario de un Filósofo Desconocido

Nuestro filósofo considera que en todo ser existe una fuerza (el no) que aísla, separa, rompe la unidad. Pero existe también la fuerza del amor (el sí) que une, religa, vence el aislamiento hostil que mantiene a los seres separados. En esto no está, el esclarecido zapatero de Görlitz, lejos de la protología[1] de Platón, sobre todo de la no escrita, pues ambas acciones contrarias se originan en última instancia del Uno y de la Díada indefinida. Más aún, no hay nada, nos dice Jakob Böhme, que sea absolutamente malo, o que haya sido creado por la autoridad del mal (zum Regiment des Bosheit geshaffen worden), porque si bien cada cosa tiene en sí, por una parte, el ser de la cólera que anima su vida, también tiene, por otra, un ser de la luz. Nada es tan malvado que no tenga algo de bien en sí, para que pueda intentar dominar y gobernar (bezwingen) lo malo.[2]

En un hermoso himno al amor[3] llega a decir Böhme que el amor es incluso más grande que Dios: «Habla el discípulo: ¿qué es el amor en su fuerza y virtud, en su altura y anchura? El maestro contesta: su virtud es la Nada y su fuerza todo lo penetra (ist durch alles): su altura es tan elevada como Dios y su anchura es más grande que Dios;

quien lo encuentra [al amor] encuentra todo y nada (der findet Nichts und Alles)».

Al mal no hay que resistirle, como enseña el Evangelio, pero sí hacerle frente. La alegría consiste, para nuestro teósofo, en luchar y en vencer, ya que Dios es eternamente victorioso: «In der Ueberwindung ist Freude» se dice en Mysterium Magnum[4]: En la superación consiste la alegría. Son también palabras del más metafísico de los melancólicos, que superó su propia melancolía al sumergirse en las profundidades de lo real, en las aguas tranquilas y claras pero abisales de la Nada divina, silenciosa y sin Nombre, eterna generadora de Palabra, siempre quieta y operante, igual y desigual, viva e infinita, oculta en el Mundo y al Hombre verdadero manifiesta.

Ese medio para aproximarse es la Matrix, principio femenino, por así decir, de la creación del mundo. Asimilado a la tierra. Representa también la inmovilidad y la materialidad (a diferencia de la Tinctur en La triple vida del hombre). Böhme habla de la wässerige Matrix [matriz acuática] identificándola a veces con la Gebärerin [parturienta] de la que el mundo ha surgido. En nuestro mundo, la Matrix acuática está representada por el cielo, es decir el firmamento o la quinta essentia, y el limbos, o Matrix ígnea, por los astros y el astrum propiamente dicho. La wässerige Matrix de la Naturaleza eterna podría entonces ser identificada con el elemento puro, la corporeidad divina, el paraíso o la naturaleza (en el sentido de la séptima forma de la Naturaleza divina).[5]



A todas las fuerzas que están en Dios Padre, que emanan de él y forman en él una unidad indisoluble, Böhme le denomina Salliter o Salniter. De esta interpenetración de fuerzas está hecho el mundo. Böhme lo escribe de varias maneras, como si no estuviera seguro del término, pero, intuitivamente, le parece pleno de sentido. No se trata, por tanto para Böhme del ácido úrico. Recordemos que la sal, en la alquimia de Paracelso es la potencia o el principio de solidez, de desecación, de rigidez, de dureza y de materialidad. El Salniter es, por tanto, principio de materialización y de solidificación en las potencias del Padre. El Salliter es un germen (esta concepción del germen se encuentra, oculta o expresa, en toda doctrina organicista) eterno que se desarrolla eternamente; eternas son sus fases, así como eternamente simultáneas. Como lo ha mostrado Harless (Jakob Boehme und die Alchimisten), el vitriolo, base del proceso metálico de los alquimistas, es el prototipo del Salliter de Boehme.

Como dice Böhme en Mysterium Magnum: XXVIII, 70: «Porque todas las cosas han sido creadas por el Verbo e introducidas en una forma. Pero, puesto que Dios es un Dios airado y colérico, un fuego devorador e igualmente un Dios de luz y de don, bueno, misericordioso y dulce, donde nada malo puede permanecer; por eso ha introducido en el Fiat el fuego y la luz, el bien y el mal, en una libre voluntad donde la voluntad puede formarse en el bien o el mal; pero ha creado buenas todas las cosas y a partir de la luz y las ha instituido en una libre voluntad para multiplicarse en la libre voluntad, para crear en el mal o en el bien» («de puiser dans le bon et le mauvais»,

traduce Berdiaeff donde el original alemán dice: «zu schöpfen im Bösen oder Guten»).



## Referencias

1. Del griego protos (primero) y logos (saber), indica en el ámbito de la teología contemporánea la doctrina que estudia las afirmaciones dogmáticas relativas a los orígenes, al «principio», la creación del universo en general y del hombre en particular, su elevación al orden sobrenatural, la caída del pecado original. El término protología se acuñó en analogía con el término escatología, que estudia las realidades últimas, no ya como término, sino como consumación. Entre la protología y la escatología se da una íntima conexión, en cuanto que Dios llevará finalmente a su plenitud todo lo que estableció desde el principio. La protología implica una etiología como búsqueda de las causas, en cuanto que partiendo de las realidades últimas vuelve a la raíz de las cosas, para señalar su significado último. En este sentido, la protología no es solamente la disciplina que tiene como objeto material los orígenes, sino la búsqueda de sentido a la luz del pasado. El presente y el futuro se pueden conocer mejor en virtud de los orígenes y por otra parte el presente permite comprender en profundidad los hechos que acaecieron al principio. Así pues, la protología implica una concepción particular del tiempo, para la que el pasado no es una realidad estática y muerta, sino una realidad dinámica y operante, continuamente actualizada en el presente y proyectada hacia el futuro, y el presente y el pasado se anticipan de alguna manera virtualmente en el pasado.

2. cf. *Mysterium Magnum*, XXIX, 11

3. cf. De Vita Mentali, 26

4. XVI, 9

5. Así, al menos, en el período intermedio del De tribus principiis. También la Matrix es presentada como fuente del espíritu (cf. De Triplici Vita Hominis, IX, 104 y 105).



# Tercera Carta

## Verdad absoluta y relativa




## Tercera Carta

### Verdad absoluta y relativa

Toda la ciencia del mundo se funda en que las cosas son actualmente como parecen ser, y sin embargo, bien poco es lo que se necesita pensar para comprender lo erróneo de la suposición, puesto que la apariencia de las cosas no depende meramente de lo que son en la actualidad, sino que además depende de nuestra propia organización y de la constitución de nuestras facultades perceptivas. El mayor de los obstáculos que en el camino del progreso encuentra el estudiante de las ciencias ocultas es el haberse desarrollado en él la creencia errónea de que las cosas son lo que a él le parecen ser, y a menos que pueda elevarse por encima de esta superstición y considerar las cosas, no desde el mero punto de vista relativo de su ego limitado, sino desde el infinito y el Absoluto, no será capaz de conocer la verdad absoluta. Antes de que adelantemos más en nuestras instrucciones respecto al modo práctico de aproximarse a la Luz, será necesario que imprimas con más energía en tu mente el carácter ilusorio de todos los fenómenos externos.

Todo cuanto el hombre sensual conoce acerca del mundo externo lo ha aprendido por medio de las impresiones que llegan a su conciencia a través de los sentidos. Recibiendo repetida o continuamente semejantes impresiones, comparándolas unas con otras, y tomando aquello que él cree conocer como base para especulaciones acerca de cosas que no conoce, puede tomar ciertas opiniones referentes a cosas que trascienden a su poder de percepción sensual; pero en cuanto al carácter verdadero o falso de sus opiniones con respecto a cosas internas o externas puede su opinión ser lo que es únicamente con respecto a él y con relación a otros seres que se hallan constituidos lo mismo que él; en cuanto a todos los demás seres cuyas organizaciones son por completo diferentes de la suya, sus argumentos y especulaciones lógicas no encuentran aplicación, y pueden existir en el universo incalculables millones de seres de organización superior o inferior a la nuestra, pero por completo distinta de ella, para quienes el mundo y cada una de las cosas aparezcan bajo un aspecto diferente por completo, y que todo lo vean según una luz enteramente distinta. Semejantes seres, aun viviendo en el mismo mundo en el que nosotros vivimos, pueden no conocer nada, en absoluto, de este mundo que es el único concebible para nosotros; y podemos nosotros no saber nada intelectualmente acerca de su mundo, al desear de ser este uno e idéntico con el nuestro, en el cual vivimos. Para poder lanzar una mirada en su



mundo necesitamos de la suficiente energía para arrojar de nosotros todos los errores y preocupaciones heredados y adquiridos; debemos elevarnos a un nivel superior al del yo que se halla atado al mundo sensual por un millar de cadenas, y ocupar mentalmente aquel lugar desde el cual podemos contemplar al mundo bajo un aspecto superior; debemos morir por decirlo así, lo cual quiere decir vivir inconscientes de nuestra propia existencia como seres humanos individuales, hasta que podamos adquirir la conciencia de la vida superior y mirar al mundo desde el plan y el punto de vista de un dios.

Toda nuestra ciencia moderna es por lo tanto sólo ciencia relativa, lo cual equivale a decir que todos nuestros sistemas científicos enseñan únicamente las relaciones que existen entre las cosas externas y mutables y una cosa tan transitoria e ilusoria como es el ser humano y que no es en realidad más que una aparición externa originada por una cierta actividad interna, acerca de la cual nada sabe la ciencia externa. Todos estos conocimientos tan alabados y encomiados, son, por lo tanto, nada más que conocimientos superficiales, refiriéndose únicamente a uno, quizá, de los aspectos infinitos, por medio de los cuales Dios se manifiesta.

La ignorancia ilustrada cree que su manera especial de considerar el mundo de los fenómenos es la única verdadera, y se agarra desesperadamente a estas

ilusiones, que cree que son las únicas realidades, y a aquellos que realizan el carácter ilusorio de las mismas, los califica de soñadores; pero durante tanto tiempo como se mantenga adherida a estas ilusiones, no se elevará por encima de ellas; continuará siendo una ciencia ilusoria; no será capaz de realizar el carácter verdadero de la naturaleza, y en vano pedirá una ciencia semejante que le demuestre a Dios, mientras cierre sus ojos y aparte de los mismos la luz eterna.

No es, después de todo, en manera alguna, nuestra intención el pedir que la ciencia moderna se coloque en el plano del Absoluto, porque en este caso cesaría de ser relativa para las cosas externas, y con respecto a las mismas se convertiría en inútil. Se ha admitido que los colores no son realidades existentes por sí mismas, sino que cierto número de ondulaciones de la luz los originan; pero este hecho no es impedimento, en manera alguna, para la fabricación de los colores y el empleo útil de los mismos. En cuanto a todas las demás ciencias externas, pueden presentarse argumentos semejantes, y no tienen por objeto las afirmaciones anteriores el desanimar los trabajos de investigación científica puramente externos, sino el instruir a aquellos para los que no es suficiente un mero conocimiento superficial y externo, y también el moderar si es posible, la presunción de todos aquellos que creen saberlo todo, y que, encadenados a sus ilusiones,



pierden de vista lo Eterno y Real, y llegan en su presunción y vanidad ciega hasta el punto de negar su existencia misma.

Se admitirá que no es el cuerpo externo quien ve, oye, huele, razona y piensa, sino que es el hombre interno, y para nosotros invisible, quien desempeña estas funciones por medio de los órganos físicos. No existe razón para que creamos que este hombre interno cesa de existir cuando el cuerpo muere; por el contrario, como veremos después, el suponer una cosa semejante está en contra de la razón. Pero si este hombre interno pierde, gracias a la muerte del organismo físico, el poder de recibir impresiones sensibles del mundo externo, si a consecuencia de la perdida del cerebro, pierde también el poder de pensar cambiarán por completo las relaciones mediante las cuales permanecía en el mundo, y las condiciones de su existencia serán por completo distintas de las nuestras; su mundo no será nuestro mundo, aunque en el sentido absoluto de la palabra ambos mundos son sólo uno. Así es que en este mismo mundo pueden existir un millón de mundos diferentes, con tal de que exista un millón de seres cuyas constituciones difieran unas de otras; en otras palabras, sólo existe una naturaleza, pero puede aparecer quizá bajo un número infinito de aspectos. A cada uno de los cambios de nuestra organización, el antiguo mundo se nos presenta según un prisma distinto; a

cada muerte entramos en un mundo nuevo, aunque no es necesariamente el mundo el que cambia, sino únicamente nuestras relaciones con el mismo las que varían gracias a tal suceso.

¿Qué es lo que conoce el mundo acerca de la verdad absoluta? ¿Qué es lo que realmente sabemos? No pueden existir ni sol, ni luna, ni tierra; ni el fuego ni el aire ni el agua pueden tener existencia real; todas estas cosas existen con relación a nosotros mismos sólo mientras nos hallamos en un cierto estado de conciencia durante el cual creemos que existen; en el reino de los fenómenos la verdad absoluta no existe; ni siquiera en las matemáticas encontramos la verdad absoluta, puesto que todas las reglas matemáticas son relativas y se hallan fundadas en ciertas suposiciones referentes a la magnitud y a la extensión, las cuales en sí mismas no poseen más que un mero carácter fenoménico. Cámbiense los conceptos fundamentales sobre los que nuestras matemáticas se apoyan, y el sistema entero necesitará un cambio completo; lo mismo puede decirse con referencia a nuestros conceptos de la materia, del movimiento y del espacio. Son estas palabras, pura y sencillamente, expresiones tan sólo para indicar ciertos conceptos que acerca de cosas inconcebibles hemos formado nosotros; en otras palabras, indican ciertos estados de nuestra conciencia.



Si miramos un árbol, una imagen se forma en nuestra mente, lo cual equivale a decir que entramos en un cierto estado de conciencia que nos pone en relación con un fenómeno externo acerca de cuya naturaleza real nada sabemos, pero al cual damos el nombre de árbol. Para un ser organizado de un modo distinto por completo, puede no ser lo que nosotros llamamos árbol, sino algo enteramente diferente, quizás transparente y sin solidez material; de hecho, a un millar de seres, cuyas constituciones difieran unas de otras, les aparecerá bajo mil aspectos distintos. Podemos nosotros ver en el sol solamente un globo de fuego pero un ser cuya facultad comprensiva sea superior podrá ver en lo que nosotros llamamos sol algo que para nosotros es indescriptible, porque careciendo de las facultades necesarias para describirlo, no nos es concebible.

El hombre externo guarda una cierta relación con el mundo externo, y sólo puede conocer del mundo esta relación externa. Algunas personas pueden objetar que debe contentarse con aquellos conocimientos y no intentar en manera alguna el profundizar más. Esto, sin embargo, equivale a privarle de todo progreso ulterior y condenarle a permanecer sumido en el error y en la ignorancia, porque una ciencia que depende por completo de ilusiones externas no es más que una ciencia ilusoria. Además, el aspecto externo de las cosas es la consecuen-

cia de una actividad interior y a menos que el verdadero carácter de esta actividad interna se conozca, el carácter verdadero del fenómeno externo no será en realidad comprendido. Además, el hombre real e interno, que reside en la forma externa, mantiene ciertas relaciones con la actividad interna del cosmos, las cuales no son menos estrictas y definidas que las relaciones existentes entre el hombre externo y la naturaleza externa. Y a menos que el hombre conozca las revelaciones que le ligan a aquel poder, en otras palabras a Dios, jamás comprenderá su propia naturaleza divina, y nunca alcanzará el verdadero conocimiento de sí mismo. El enseñar la verdadera relación que existe entre el hombre y el infinito todo, y el elevarle a aquel plano de existencia exaltado que debe ocupar en la naturaleza, es y tiene que ser el único y verdadero objeto de la religión verdadera y de la verdadera ciencia. El hecho de que un hombre haya nacido en una cierta casa o en una cierta ciudad no indica en manera alguna que tenga que permanecer allí durante toda su vida; el hecho de que un hombre permanezca en una condición física, moral o intelectual inferior no impone sobre él la necesidad de permanecer siempre en tal estado y que no pueda hacer ningún esfuerzo para elevarse a mayores alturas.

La ciencia más elevada que es posible que exista es aquella cuyo objetivo es el más elevado de todos los



conocimientos; y no puede existir objeto más elevado ni más digno de ser conocido que la causa universal de todo bien. Dios es, por lo tanto, el objeto más elevado de los conocimientos humanos, y nada podemos saber de Él que no sea la manifestación de su actividad en el interior de nosotros mismos. Obtener el conocimiento del Yo equivale a obtener el conocimiento del principio divino dentro de nosotros mismos; en otras palabras, un conocimiento de nuestro propio yo, después de que aquel yo se haya convertido en divino y despertado a la conciencia de su divinidad. Entonces el Yo interno y divino reconocerá, por decirlo así, las relaciones que existen entre sí y el divino principio en el universo, si es que podemos hablar de relaciones existentes entre dos cosas que no son dos, sino que son una misma e idénticas. Para expresarnos con más corrección, deberíamos decir: el Conocimiento Espiritual de Sí Mismo tiene lugar cuando Dios reconoce su propia divinidad en el hombre.

Todo poder, pertenezca al cuerpo, al alma, o al principio inteligente en el hombre, se origina desde el centro, el espíritu. A la actividad espiritual se debe que el hombre vea, sienta, oiga y perciba con sus sentidos externos. En la mayor parte de los hombres esta fuerza espiritual e interna ha despertado sólo la potencia intelectual y hecho entrar en actividad los sentidos exteriores. Pero existen personas excepcionales en quienes esta

actividad espiritual ha llegado a un grado mucho mayor, y en las cuales se han desenvuelto las facultades más elevadas o internas de la percepción. Semejantes personas pueden en estos casos percibir cosas que para las demás son imperceptibles, y poner en ejercicio poderes que no poseen el resto de los mortales. Si los llamados sabios se encuentran con un caso práctico referente a lo anterior, lo consideran como causado por un estado enfermizo del cuerpo, y lo califican como efecto de una "condición patológica"; puesto que es un hecho fundado en la experiencia de todos los días que la ciencia externa y superficial, que nada conoce en absoluto respecto a las leyes fundamentales de la naturaleza, toma continua y equivocadamente las causas como efectos y los efectos como causas. Con igual razón y con la misma lógica, podrían los carneros de un rebaño, si uno de ellos hubiese obtenido la facultad de hablar como un hombre, decir de este que estaba enfermo, y ocuparse de su "condición patológica". Así es que la sabiduría aparece como locura para el loco; al ciego, la luz le resulta tinieblas; la virtud como vicio al vicioso; la verdad como embuste al falso, y en todo vemos que el hombre no percibe las cosas tal cual son, sino tal como él las imagina.

Así es que vemos que todo cuanto los hombres acostumbran a llamar bueno o malo, verdadero o falso, útil o inútil, etc., es, a lo más, relativo en su sentido.



Puede ser así en relación con uno y ser por completo contrario con respecto a otro, cuyas opiniones, objetivos o aspiraciones son distintos. Es también una consecuencia necesaria de este estado de cosas, el que siempre que comienza el lenguaje la confusión empieza, puesto que diferenciándose siempre en algo las diversas constituciones de los hombres, la manera de concebir las cosas de cada uno de ellos es siempre distinta de las concepciones de los otros. Esto que es verdad en lo referente a asuntos ordinarios, se hace todavía más evidente en cuestiones relacionadas con lo oculto, acerca de las cuales la mayor parte de los hombres sólo poseen ideas falsas, y es dudoso si la pronunciación de una sentencia no daría tan sólo origen a disputas y a interpretaciones falsas. Las únicas verdades que se hallan fuera del alcance de toda disputa son las verdades absolutas, y estas no necesitan ser pronunciadas, pues son evidentes por sí mismas; el expresarlas por medio del lenguaje equivale a decir lo que todo el mundo sabe y que nadie pone en tela de juicio; el decir por ejemplo, que Dios es la causa de todo bien, equivale sencillamente a que simbolicemos al origen desconocido de todo bien con la palabra "Dios".

Toda verdad relativa refiérese únicamente a las personalidades inestables de los hombres y nadie puede conocer la Verdad en el Absoluto, excepto aquel que elevándose por encima de la esfera del yo y del fenómeno

llega a la región de lo Real, eterno e inmutable. El hacer esto es en cierto sentido morir para el mundo; o lo que es lo mismo, desembarazare por completo de la noción del yo, el cual es tan sólo una ilusión, y llegar a ser uno mismo con lo universal, en cuyo seno ni el menor sentimiento de separación existe. Si estás dispuesto a morir así puedes penetrar por la puerta en el santuario de la ciencia oculta; pero si las ilusiones de los mundos exteriores, y sobre todo, si la ilusión de tu propia existencia personal te atrae, en vano buscarás el conocimiento de aquello que existe por sí mismo, y que es por completo independiente de toda relación con las cosas; que es el eterno centro del cual todo procede y al cual todo vuelve, que es el centro flamígero; el Padre, a quien nadie puede acercarse más que el Hijo, la Luz, la Vida y la Verdad Suprema.





## Tercer Comentario de un Filósofo Desconocido

Nos dice Mircea Eliade en su obra Lo profano y lo sagrado, ciñámonos a comparar las dos experiencias en cuestión: la del espacio sagrado y la del espacio profano. Recuérdense las implicaciones de la primera: la revelación de un espacio sagrado permite obtener «un punto fijo», orientarse en la homogeneidad caótica, «fundar el Mundo» y vivir realmente. Por el contrario, la experiencia profana mantiene la homogeneidad y, por consiguiente, la relatividad del espacio. Toda orientación verdadera desaparece, pues el «punto fijo» no goza ya de un estatuto ontológico único: aparece y desaparece según las necesidades cotidianas. A decir verdad, ya no hay «Mundo», sino tan sólo fragmentos de un universo roto, la masa amorfa de una infinidad de «lugares» más o menos neutros en los que se mueve el hombre bajo el imperio de las obligaciones de toda existencia integrada en una sociedad industrial. Y, sin embargo, en esta experiencia del espacio profano siguen interviniendo valores que recuerdan más o menos la no-homogeneidad que caracteriza la experiencia religiosa del espacio. Subsisten lugares privilegiados, cualitativamente diferentes de los otros: el paisaje natal, el paraje de los primeros amores, una calle o un rincón de la primera ciudad extranjera visitada en la juventud. Todos

estos lugares conservan, incluso para el hombre más declaradamente no-religioso, una cualidad excepcional, «única»: son los «lugares santos» de su Universo privado, tal como si este ser no-religioso hubiera tenido la revelación de otra realidad distinta de la que participa en su existencia cotidiana.

Jakob Böhme se había autoimpuesto la difícil tarea de intentar traducir en términos conceptuales una intuición fundamental que mejor se dejaba expresar en símbolos, abiertos para el entendimiento, oscuros para la razón, pues descubre una ley suprema que encontramos en todas las cosas: la ley de la polaridad del ser y del conocer; ley que él aplica en los más diferentes ámbitos y ley para la que encuentra, ya al final de su vida, la fórmula más adecuada: «En el Sí y en el No consisten todas las cosas» (*In Ja und Nein bestehen alle Dinge*)[1]. Los contrarios se requieren mutuamente para revelarse el uno en el otro.

El doble problema tradicional del mal y de las relaciones entre Dios y el mundo es la gran cuestión que domina todo el pensamiento de Böhme. Tendremos que ocuparnos de esto, mas digamos ahora que lo propio en él consiste en una triple intuición metafísica: la intuición de una libertad que se encarna en lo real; la del espíritu expresándose por medio del cuerpo; y la de una doble necesidad -para el ser y para el pensamiento, ya lo hemos dicho- de una lucha y oposición de los contrarios, cuya síntesis constituye la vida, pues la vida del mundo de la naturaleza expresa la vida escondida del mundo del espíritu.



De esta triple intuición resulta, por una parte, un Dios vivo, del que el alma es un efluvio, una chispa; un Dios espíritu, que se encarna directamente en el alma espiritual. Por otra parte, un mundo igualmente vivo donde Dios se expresa, se manifiesta y, en un cierto sentido, se encarna también[2]. Por eso afirma que no se puede conocer a Dios sin conocer la naturaleza: «¿Cómo vais a encontrar a Dios en esos libros de teología -solía quejarse a los teólogos profesionales de su tiempo-, si no sois capaces de verlo en la misma naturaleza?». Para mediar en esta relación y para explicarla, Böhme pondrá, entre Dios y el mundo, un tercer medio: así nacerá la importante idea de naturaleza eterna, entendida como fuente creadora de la naturaleza del mundo y, al mismo tiempo, como base orgánica del ser espiritual de Dios: «Porque Dios obra de eternidad en eternidad pero no de otro modo que por su Verbo y el Verbo es Dios, es decir una manifestación del Absoluto (Ungrund, Indeterminado –traduce Berdiaeff-). Y si el alma no pronuncia ya su voluntad personal, es la voluntad del Absoluto la que habla en ella: allí donde cesa de obrar la criatura, allí obra Dios. Pero si la criatura quiere obrar con Dios, su voluntad debe abismarse (así traduce Berdiaeff; el original dice sencillamente: in Gott eingehen, «entrar en Dios») en Dios; entonces Dios obra con la criatura y por ella, porque la creación entera, celeste, infernal y terrestre, no es otra cosa que el Verbo operante; el Verbo mismo lo es todo».[3]

## Referencias

1. *Quaestiones Theosophicae*, qu. III, 2

2. Vida entendida como autocreación sinérgica. «Nada hay en la naturaleza que no sea una imagen de la Trinidad divina», escribe Böhme, aunque en *Aurora* esta relación entre la Trinidad y el mundo es todavía imperfecta. En cada cosa, Böhme ve la expresión de la Trinidad creadora. Cada cosa es una trinidad creada (cf. *Aurora*, II, 48): «Ahora bien, en un trozo de madera, en una piedra, en una planta, en todas partes, hay tres cosas, y nada puede nacer ni crecer, si una de las tres falta. En primer lugar, hay la fuerza de la que está hecho el cuerpo... después un jugo, que es su corazón, luego una fuerza manante, olor o gusto, que es el espíritu de la cosa» (cf. *Aurora*, III, 45, 47).

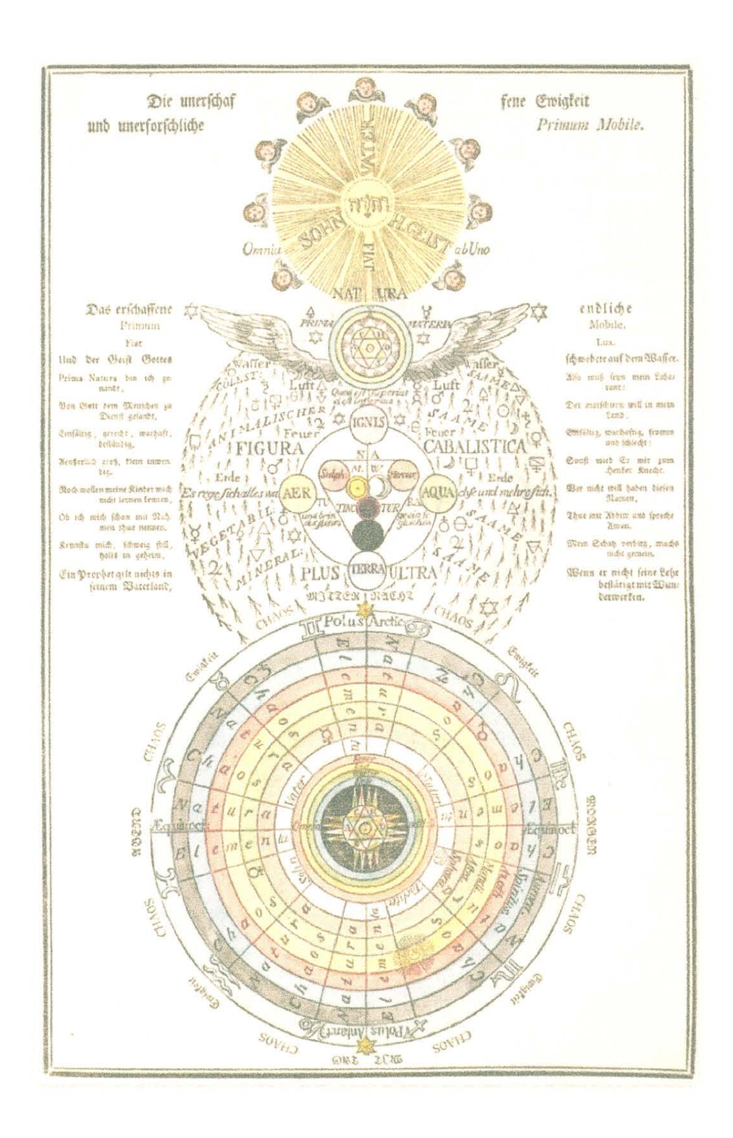
3. En Mysterium Magnum (LXI, 43 y 44).





# Cuarta Carta

## La Doctrina Secreta




# Cuarta Carta

## La Doctrina Secreta

El fundamento de la entera Doctrina Secreta, fundamento del cual resulta el conocimiento de los más profundos misterios del universo, es tan sencillo que su significación puede comprenderla un niño, pero en razón de su simplicidad es universalmente desdeñado y no comprendido por aquellos que anhelan lo complejo y las ilusiones. Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Un conocimiento práctico de esta verdad es todo cuanto se requiere para entrar en el templo en donde puede uno obtener la sabiduría divina.

No podemos conocer la causa de todo bien a menos que nos aproximemos a ella; y no podemos aproximarnos a ella, a menos que la amemos y que por nuestro amor seamos a ella atraídos. No podemos amarla a no ser que la sintamos, y no podemos sentirla a menos que exista en nosotros mismos. Para amar al bien, debemos ser nosotros mismos buenos; para amar al bien sobre todas las cosas, el sentimiento de verdad, el de justicia y el de armonía deben sobrepasar y absorber a cada uno de

los otros sentimientos; debemos cesar de vivir en la esfera del yo, que es la del mal, y empezar a vivir en el seno del elemento divino de la humanidad como en un todo; debemos amar aquello que es divino en la humanidad, tanto como aquello que dentro de nosotros mismos es divino. Si es alcanzado este estado supremo, en el cual habremos olvidado por completo nuestros egos, el intelectual y el animal, y en el que gracias a nuestro amor a Dios nos habremos convertido en uno mismo con Dios, no existirán entonces secretos ni en los cielos ni en la tierra que sean inaccesibles para nosotros.

¿Qué es el conocimiento de Dios más que el conocimiento del bien y del mal? Dios es la causa de todo bien, y el bien es el origen del mal. El mal es la reacción del bien en el mismo sentido en que las tinieblas son la reacción de la luz. El fuego divino del cual procede la luz no es causa de la menor oscuridad, pero la luz que radia del centro flamígero no puede llegar a manifestarse sin la presencia de las tinieblas, ni, sin la presencia de la luz, serían las tinieblas conocidas.

Existen por consiguiente, dos principios: el principio del bien y el principio del mal, brotando ambos de la misma raíz, en la cual no existe, como quiera que sea, mal alguno; sólo reside en ella el bien absoluto e inconcebible. Es el hombre un producto de la manifestación del principio del bien y únicamente en el bien puede encontrar la felicidad, puesto que la condición que necesita todo ser para ser feliz es el vivir en el elemento al cual su naturaleza pertenece. Aquellos que han nacido en el bien serán felices en el bien; aquellos que han nacido para el mal, nada desearán más que el mal. Aquellos que han nacido en la luz, buscarán la luz, y los que pertenecen a las tinieblas, sólo buscarán las tinieblas. Siendo el hombre un hijo de la luz, no será feliz mientras exista en su naturaleza una sombra de tinieblas. El hombre cuyo principio fundamental es el bien no encontrará la paz mientras exista en su interior una chispa tan sólo de mal.



El alma del hombre es como un jardín, en el cual existen sembradas un número casi infinito de semillas diferentes. Estas semillas pueden dar origen a plantas bellas y saludables o a plantas deformes y nocivas. El fuego del cual estas plantas reciben el calor necesario para su desarrollo es la voluntad. Si la voluntad es buena, desarrollará plantas bellas; si es mala, dará lugar a que crezcan plantas deformes. El principal objeto de la existencia del hombre en esta tierra es la purificación de la voluntad y el cultivo de la misma hasta que se convierta en una enérgica potencia espiritual. El único medio para purificar la voluntad es la acción, y para lograrlo, todas nuestras acciones tienen que ser buenas, hasta que el obrar bien se convierta en una mera cuestión

de costumbre cuando en la voluntad cese todo deseo hacia el mal.

¿De qué provecho sería para ti el conocer intelectualmente los misterios de la Trinidad y el poder hablar sabiamente acerca de los atributos del Logos, si en el altar de tu corazón no ardiese el fuego del amor divino y si la Luz del Cristo no brillase en tu templo? Tu inteligencia abandonada por el espíritu que da la vida se desvanecerá y perecerá, y con ella perecerás tú, a menos que la llama del amor espiritual arda en tu corazón con la luz de la conciencia eterna. Si no estás en posesión del amor hacia el bien, más te vale permanecer sumido en la ignorancia, porque así pecarás ignorantemente y no serás responsable de tus actos; pero aquellos que la verdad conocen, y que la desprecian a causa de su mala voluntad, son los que sufrirán, puesto que cometen un «pecado imperdonable», conscientemente y a sabiendas, el pecado contra la verdad santa y espiritual. Al verdadero Rosacruz, cuyo corazón arde con el fuego del amor divino hacia el bien, la luz de éste iluminará su mente, le inspirará buenos sentimientos y le hará llevar a efecto buenas acciones. No necesitará de maestro mortal alguno que le enseñe la verdad, porque se encontrará penetrado por el espíritu de sabiduría, que será su verdadero Maestro.

Todas las ciencias y artes mundanas son despreciables y pueriles ante la excelencia de esta sabiduría divina. La posesión de la sabiduría del mundo no tiene valor permanente; pero la posesión de la sabiduría divina es imperecedera y eterna. No puede en manera alguna existir la sabiduría divina sin el amor divino, porque la sabiduría es la unión del saber espiritual con el amor espiritual, de lo que resulta el poder espiritual. Aquel que no conoce el amor divino no conoce a Dios, porque Dios es la fuente y el centro flamígero del amor. Y por esto se ha dicho que, aunque penetremos todos los misterios, poseamos el entero saber y hagamos obras buenas, si no poseemos amor divino, no sirve de nada, puesto que únicamente por medio del amor podemos conquistar la inmortalidad.

¿Qué es el amor? Un poder universal que procede del centro del cual el Universo ha sido desenvuelto. En los reinos elemental y animal obra a manera de fuerza ciega de atracción; en el reino vegetal obtiene los rudimentos de los instintos, que en el reino animal se desarrollan por completo; en el reino humano se convierte en pasión, la cual si obra en la dirección debida, hacia su fuente eterna, elevará al hombre hasta un estado divino; pero si es pervertida, lo conducirá a la destrucción. En el reino espiritual, es decir en el del hombre regenerado, el amor se transforma en un poder espiritual, consciente y viviente. Para la mayoría de los hombres de nuestra civilización actual el amor no es más que un sentimiento,

y el amor verdaderamente divino y poderoso es casi desconocido entre la humanidad. Aquel sentimiento superficial al que los hombres llaman amor es un elemento semianimal, débil e impotente; pero, sin embargo, lo suficientemente poderoso para guiar o extraviar a la humanidad. Podemos elegir entre amar una cosa o no amarla, pero un amor tan superficial no penetra más allá de los estados superficiales del alma del objeto amado. El poseer el amor divino no depende de la elección, es un don del espíritu que reside en lo interior, es un producto de nuestra propia evolución espiritual, y únicamente los que han llegado a aquel estado pueden poseerlo. No es posible que alguien más que aquel que ha alcanzado este estado de existencia conozca lo que es este amor espiritual y divino; pero aquel que lo ha obtenido sabe que es un poder omnipenetrante que, brotando del centro del corazón y penetrando en el corazón de aquello que se ama, evoca a la vida a los gérmenes de amor allí contenidos. A este Amor espiritual, llámale, si te parece mejor, Voluntad espiritual, Vida espiritual, Luz espiritual, pues es todo esto y mucho más porque todos los poderes espirituales brotan de un solo centro eterno, y culminan por fin otra vez en un poder, a manera del vértice de una pirámide de muchos lados. A este punto, a este poder, a este centro, a esta luz, a esta vida, a este todo se le llama Dios, la causa de todo bien, aunque la palabra es un mero vocablo sin significación para aquellos que no están en posesión de ella, y que ni siquiera pueden concebirla, pues ni sienten ni conocen a Dios en sus propios corazones.



¿Cómo podemos obtener este poder espiritual de amar, de buena voluntad, de luz y de vida eterna? No podemos amar una cosa a menos que sepamos que es buena; no podemos conocer si una cosa es buena o mala sin sentirla; no podemos sentirla a menos que nos aproximemos a ella; no podemos aproximarnos a una cosa si no la amamos, y giraríamos eternamente en un circulo vicioso sin acercarnos jamás a la eterna verdad si no fuera por la influencia continua del Sol Espiritual de Verdad, que al centro del corazón humano lanza sus rayos, y atrayéndolo instintiva e inconscientemente, transforma el movimiento circular en movimiento en espiral, arrastrando de este modo, debido a la «Luz de gracia», a los hombres hacia aquel centro, a pesar y en contra de sus propias inclinaciones.

Se ha dicho que la inclinación del hombre hacia el mal es más fuerte que la que experimenta hacia el bien, y esto es indudablemente cierto, puesto que con el estado presente de la evolución del hombre, sus actividades y tendencias animales son todavía muy fuertes, mientras que sus principios más espirituales y elevados no se han desarrollado lo suficiente para poseer la conciencia de sí mismos y la fuerza consiguiente. Pero mientras las inclinaciones animales del hombre son mas enérgicas que

sus propios poderes espirituales, la luz eterna y divina que le atrae hacia el centro es mucho más poderosa, y a menos que el hombre se resista al poder del amor divino, prefiriendo ser absorbido por el mal, será atraído continua e inconscientemente hacia el centro de amor. Por lo tanto, el hombre, aunque hasta cierto punto es víctima indefensa de poderes invisibles, es, sin embargo, hasta el punto en que hace uso de su razón, un agente libre; pero hasta que su razón sea perfecta no puede ser por completo libre, y su razón puede únicamente convertirse en perfecta si vibra al unísono y en armonía con la Razón Divina (universal). El hombre por lo tanto sólo puede llegar a ser completamente libre obedeciendo la Ley.

Sólo puede existir una Razón Suprema, una Ley Suprema, una Sabiduría Suprema; en otras palabras, Un Dios, porque la palabra Dios significa el punto culminante de todos los poderes, tanto espirituales como físicos, que existen en el Universo; significa el Centro Único, del cual todas las cosas, todas las actividades, todos los atributos, facultades, funciones y principios han procedido, y en el cual todos ellos culminarán por fin. El hombre sólo puede esperar la realización de su objeto mientras obre siempre en armonía con la ley universal, puesto que la teoría universalmente reconocida de la supervivencia de los más aptos, y la verdad absoluta de que el fuerte es más fuerte que el débil, son tan ciertas en el



reino del espíritu como en el reino de la mecánica. Una gota de agua no puede por sus propios esfuerzos discurrir en sentido contrario al de la corriente en la cual existe, ¿y qué es el hombre, con toda su vanidad y pretensiones de sabiduría, más que una gota en el océano de la vida universal?

Para poder obedecer la Ley, necesitamos aprender a conocerla; pero ¿en dónde puede uno esperar aprender la ley pura y la ley adulterada, más que en el estudio de la naturaleza espiritual y material, o sea en sus aspectos interno y externo? Sólo existe Un Libro, de cuyo estudio necesita el ocultista, y en el cual la totalidad de la Doctrina Secreta, con todos los misterios, que conocen únicamente los Iniciados, se halla contenida. Es un libro que jamás ha sufrido falsificaciones ni traducciones erróneas; es un libro que nunca ha sido objeto de fraudes piadosos ni de interpretaciones absurdas; es un libro que, sin el menor desembolso, cualquiera y en cualquier lugar puede obtenerlo. Está escrito en un lenguaje que todos pueden comprender importando bien poco cuál sea su nacionalidad. El título de este libro es M que significa: El Macrocosmos y el Microcosmos de la Naturaleza reunidos en un volumen. El poder leer este libro correctamente exige poderlo hacer no sólo con el ojo de la inteligencia, sino que es necesario además leerlo con el ojo del Espíritu. Si sus páginas son iluminadas solamen-

te por la fría luz de la luna, por la luz del cerebro, parecerán muertas, y aprenderemos únicamente lo que en su superficie figura impreso; pero si la luz divina del amor ilumina sus páginas radiando del centro del corazón, comenzarán a vivir y los siete sellos con que algunos de sus capítulos están sellados, serán rotos, y levantados unos velos tras otros, conoceremos los misterios divinos que el Santuario de la Naturaleza contiene.

Sin esta luz divina del amor es inútil intentar penetrar en las tinieblas en donde los más profundos misterios permanecen. Aquellos que estudian la naturaleza con la mera luz externa de los sentidos, nada conocerán de ella más que su máscara exterior, en vano pedirán que se les enseñen los misterios que únicamente con la luz del espíritu pueden ser contemplados, porque la luz del espíritu ha brillado eternamente en las tinieblas, pero las tinieblas no la comprendieron.

¿En dónde podemos esperar encontrar esta luz del espíritu, más que en el interior de nosotros mismos? El hombre nada puede conocer excepto aquello que ya dentro de sí mismo existe. No puede ver, oír ni percibir cosa alguna externa; puede únicamente contemplar las imágenes y experimentar las sensaciones a que den lugar los objetos exteriores en su conciencia. Todo cuanto pertenece al hombre, excepto su forma externa, es un epítome, una imagen, una contraparte del universo. El hombre es el Microcosmos de la naturaleza, y en él se halla contenido, germinalmente o en un estado más o menos desarrollado, todo cuanto la naturaleza contiene. En él residen Dios, Cristo y el Espíritu Santo. En él la Trinidad se halla contenida, así como los elementos de los reinos mineral, vegetal, animal y espiritual; él contiene el Cielo, el Infierno y el Purgatorio; todo en él se halla contenido, porque es la imagen de Dios, y Dios es la causa de cada una de las cosas que existen, y nada existe que no sea una manifestación de Dios, y acerca de lo cual pueda dejar de decirse en cierto sentido que sea Dios o la sustancia de Dios.



La totalidad del universo y todo cuanto el mismo contiene es la manifestación exterior de aquella Causa o Poder interno, al cual los hombres llaman «Dios». Para estudiar las manifestaciones externas de aquel poder tenemos que estudiar las impresiones que producen en el interior de nosotros mismos. Nada podemos conocer, sea lo que sea, fuera de lo que existe dentro de nosotros mismos, y por lo tanto, aun el estudio de la naturaleza externa no es ni puede ser nada más que el estudio del yo, o en otras palabras, el estudio de las sensaciones internas que causas externas han originado dentro de nosotros mismos. No puede el hombre positivamente y en manera alguna conocer nada excepto aquello que ve, siente o percibe en el interior de sí mismo; todos sus llamados co-

nocimientos acerca de las cosas exteriores son meras especulaciones y suposiciones o, todo lo más, verdades relativas.

Si no es posible que el hombre conozca nada respecto a las cosas externas, excepto aquello que ve, siente o percibe dentro de sí mismo, ¿cómo es posible que pueda saber nada en lo referente a las cosas internas como no sean sus manifestaciones en su propio interior? Todos aquellos que buscan un Dios externo, mientras que niegan a Dios en sus corazones, le buscarán en vano; todos aquellos que adoran a un rey desconocido de la creación, mientras ahogan al rey recién nacido en la cuna de sus propios corazones, adoran una mera ilusión. Si deseamos conocer a Dios y obtener la Sabiduría Divina, tenemos que estudiar la actividad del Divino Principio en el interior de nuestros corazones, escuchar su voz con el oído de la inteligencia y leer sus palabras con la luz de su amor divino, porque el único Dios acerca del cual puede el hombre conocer algo es su propio Dios personal, uno e idéntico con el Dios del Universo. En otras palabras, es el Dios universal entrando en relación con el hombre, en el mismo hombre, y alcanzando personalidad por medio del organismo que llamamos hombre; y así es como Dios se convierte en hombre, y el hombre se transforma en Dios, convirtiéndose de este modo el hombre en un Dios, cuando obtiene el conocimiento perfecto de su



propio ego divino, o en otras palabras, cuando Dios se ha hecho consciente de sí mismo y ha logrado en el hombre el conocimiento de sí mismo.

No puede, por lo tanto, existir Sabiduría Divina sin el conocimiento del propio Yo divino de uno mismo, y aquel que ha encontrado su propio ego divino se ha convertido en sabio. No vayan nuestros especuladores científicos y teológicos a ser tan presumidos como para figurarse que han encontrado a su propio y divino ego. Si lo hubiesen encontrado estarían en posesión de poderes divinos, a los que llaman los hombres «sobrenaturales», porque han llegado a ser casi desconocidos entre la humanidad. Si los hombres hubiesen encontrado sus propios egos divinos, no necesitarían ni más predicadores ni más doctores, ni más libros, ni más instrucciones que su propio Dios interno; pero la sabiduría de nuestros sabios no es de Dios; procede de libros y fuentes externas y falibles. Aquel sentimiento del ego que los hombres experimentan en sí mismos, y al cual llaman su propio yo, no es el del ego divino, es el de su yo animal o intelectual, en el que su conciencia se halla concentrada, y en cada hombre existen un gran número de variedades de estos egos o yoes. Estos perecerán todos, y tienen que desaparecer antes de que el Yo divino, que es universal y omnipresente, pueda entrar en existencia en el hombre. Los hombres no conocen a sus propios yoes, animal y semia-

nimal; de otra manera, su aparición les llenaría de horror. Los nombres de la ambición principal de muchos hombres, son envidia o codicia, sibaritismo o dinero, etc. Estos son los poderes o dioses que gobiernan a los hombres y a las mujeres, y a los cuales los hombres se agarran, a los cuales abrazan y acarician, y a los cuales consideran como sus propios yoes. Estos yoes o egos asumen en cada alma de hombre una forma que corresponde a su carácter, porque cada carácter corresponde a una forma o la produce. Pero estos yoes son ilusorios. Carecen de vida propia, y se alimentan del principio de vida en el hombre; viven gracias a su voluntad, y perecen con la vida del cuerpo o inmediatamente después. Lo que en el hombre es inmortal, aquello que ha existido siempre y que para siempre existirá, es el Espíritu Divino, y sólo aquellos elementos del hombre que son perfectos y puros, y que se han unido con el espíritu, continuarán viviendo en él y por medio de él.

Este ego divino no experimenta el sentimiento de separación que domina a nuestros yoes inferiores, es universal como el espacio, no establece distinción alguna entre sí mismo y cualquier otro de los seres humanos, se ve a sí mismo, y se reconoce él mismo en todos los demás seres, vive y siente en otros, pero no muere con los otros, porque siendo ya perfecto, no requiere ya mas transformaciones. Este es el Dios o Brahm, a quien únicamente



puede conocer el que se ha convertido en divino, es el Cristo que jamás puede ser comprendido por el Anticristo, que lleva sobre su frente el signo de la Bestia, que simboliza el Intelectualismo sin Espiritualidad o la ciencia sin amor divino. Este Dios puede ser conocido únicamente por medio del poder de la Fe verdadera, la cual significa sabiduría espiritual, la cual penetra hasta el centro ardiente de amor que en el propio corazón de uno existe. Este es el centro de Amor, de Vida y de Luz, el origen de todos los poderes; en él se hallan contenidos todos los gérmenes y misterios, fuente de la revelación divina; y si encuentras tú la luz que desde aquel centro radia, no necesitarás más enseñanzas, pues habrás encontrado la vida eterna y la verdad absoluta.

El gran error de nuestra época intelectual es el que crean los hombres poder llegar al conocimiento de la verdad por mera especulación intelectual, científica, filosófica o teológica y con sólo el raciocinio. Esto es falso por completo, porque si bien un conocimiento de la teoría oculta debe preceder a la práctica, sin embargo, si la verdad de una cosa no es confirmada, experimentada y realizada por medio de la práctica, un mero conocimiento de la teoría no sirve de nada. ¿De qué le servirá a un hombre el hablar mucho acerca del amor y el repetir a manera de papagayo lo que ha oído, si no siente en su corazón el poder divino del amor? ¿De qué le servirá a

uno el hablar sabiamente acerca de la sabiduría mientras no sea él sabio? Nadie puede llegar a ser un buen artista, músico, soldado u hombre político con sólo leer libros; el poder no es obtenido por la mera especulación, sino que requiere práctica. Para conocer el bien, tenemos que pensar y obrar el bien; para experimentar la sabiduría, tenemos que ser sabios. Un amor que no encuentra expresión alguna en acciones, no obtiene fuerza; una caridad que sólo en nuestra imaginación existe, permanecerá siempre imaginaria, a menos que sea expresada por medio de actos. Siempre que tiene lugar una acción, una reacción es la consecuencia. Por lo tanto, la práctica de buenas acciones robustecerá nuestro amor al bien, y en donde tal amor exista, se manifestará en forma de acciones buenas.

Aquel que obra mal porque no sabe cómo obrar bien es digno de compasión; pero aquel que sabe cómo obrar bien, y que intelectualmente está convencido de que debe obrar así y sin embargo obra mal, es digno de condena. Es, por lo tanto, peligroso para los hombres el recibir instrucción, en lo que a la vida superior se refiere, durante tan largo tiempo como su voluntad sea mala, puesto que después de saber distinguir entre el bien y el mal, si a pesar de esto escogen el sendero del mal, su responsabilidad es todavía mucho mayor. Estas cartas no hubieran sido jamás escritas si no se hubiese esperado que



al menos algunos de los lectores no se limitaran a comprender intelectualmente su contenido, sino que entrarían en el camino práctico, cuya puerta es el conocimiento del yo, que conduce por fin a la unión con Dios, y cuya consecuencia primera es el reconocimiento del principio de la Fraternidad Universal de la Humanidad.

∇

## Cuarto Comentario de un Filósofo Desconocido

Lo sensible constituye un símbolo de lo inteligible. Todos los seres son signaturas de Dios. Ahora bien, lo primero que vemos, cuando nos dirigimos hacia la naturaleza, es la presencia y la lucha en ella de dos fuerzas o cualidades contrarias -«entre ambas cualidades» escribe muy a menudo Böhme-, las del bien y el mal. El bien y el mal están en todas partes, en todas las cosas; son distintos, opuestos y sin embargo indisolublemente unidos y ligados, «como una [sola] cosa». Existe esta lucha y esta unión de los contrarios en todo objeto real, sin excepción, salvo sin embargo, añade el teósofo, en Dios, los ángeles y los demonios. Allí, no hay más que una sola cualidad: la buena en Dios y los ángeles, la mala o malvada en los demonios. En cierto modo, la naturaleza es el terreno de batalla entre Dios y el Diablo.

Saint-Martin decía: «No hay nada tan corriente como la envidia y tan raro como el deseo». Por lo tanto, el que toma consciencia del origen de esta melancolía, de este recuerdo fugitivo de una grandeza perdida, el que aspira a reencontrar su pureza primitiva es un «Hombre de Deseo». Su deseo, es el deseo de Dios. El deseo, es la raíz de la eternidad.

Es una vía de Voluntad: entre el Destino, algunas veces ciego, y la Providencia divina, hay que escoger. Volverse un Hombre de Deseo, es emprender la reconstrucción de su Templo interior. Para edificar este Templo eterno, se adhieren al ideal del Filósofo Desconocido: «Conducir al espíritu del hombre por una senda natural, hacia las cosas sobrenaturales que le pertenecen por derecho». Para esto, es inútil acumular un saber intelectual, ya que para avanzar en la vía de la reintegración «no es la cabeza la que hay que romper, sino el corazón».

En su trabajo, el Hombre de Deseo utiliza dos libros. Uno de estos es el «Libro de la Naturaleza» y el otro «El libro del Hombre». La naturaleza es un verdadero cuerno de la abundancia para su estado actual, es el punto de unión de todas las virtudes creadas. Así, todas estas virtudes divinas, ordenadas por el gran principio para cooperar en la rehabilitación de los hombres, existen siempre alrededor de nosotros. La Sabiduría Divina sembró los símbolos de estas virtudes alrededor de nosotros, para llevarnos a recogerlas. También la naturaleza constituye para el Iniciado un inmenso recipiente de conocimientos.

El segundo libro confiado a la meditación del hombre de Deseo es el «Libro del Hombre». Böhme en sus Epístolas teosóficas (20, 3) nos da la clave: «El hombre, libro del ser de todos los seres, pues el libro en el que reside todo secreto es el hombre mismo: él mismo es el libro de la esencia de todas las esencias, pues él es la semejanza de la divinidad; en él reside el gran Arcanum, que sólo puede revelar el Espíritu de Dios». Es para él un libro esencial. Por ello para su discípulo Saint-Martin, el hombre es el «único libro escrito por la mano de Dios»; es en él donde se encuentran escritas todas las leyes del universo y «todas esas verdades importantes y fundamentales (existentes) en todos los hombres antes de existir en ningún libro». Es en él primero en que el hombre mismo debe buscar. La lectura del «Libro del Hombre» desemboca entonces hacia la introspección y permite el regreso hacia el centro del ser, el corazón. El corazón, nos dice Saint-Martin, «es el órgano y el lugar donde se dirigen todas nuestras facultades y donde manifiestan su acción; y cómo estas facultades están en todos los reinos que nos constituyen, sea el corporal, el espiritual y el divino...», el corazón es el «lugar de unión y la expresión continua del alma y del espíritu». Ese regreso del ser hacia su centro, esa contemplación interior, es la verdadera oración, ya que, «empapa nuestra alma de este encanto sagrado, de este magnetismo divino que es la vida secreta de todos los seres».

El trabajo del Hombre de Deseo provoca una trasformación interior, un «crecimiento espiritual», portador de una promesa de renacimiento interior. El «Viejo Hombre» debe ceder el lugar a un «Nuevo Hombre». Este Nuevo Hombre, una vez nacido, pasará por todos los niveles de la evolución, hasta lograr su completa madurez. Convertido en «Hombre-Espíritu» podrá cumplir su «ministerio». En Aurora (XXII, 46), el Teósofo Teutón dice: «Pues no puedes decir ¿dónde está Dios? Escucha, hombre ciego, vives en Dios y Dios está en ti y si vives santamente eres Dios tú mismo; dondequiera que mires allí está Dios».

La Doctrina secreta es pues: «El auténtico cielo, porque Dios vive dentro de él, está por doquier en todas partes, también en medio de la tierra: comprende el infierno [Er begreift die Hölle], en el que viven los demonios, y nada está fuera de Dios; pues donde Él ha estado antes de la creación del mundo, allí sigue estando aún, como en sí mismo, y él mismo es la Esencia de todas las esencias: todo ha nacido de Él y de Él procede [y lo proclama: urkundet von Ihme]; y por eso se llama Dios, porque sólo Él es lo Bueno, el Corazón o lo Mejor, entiende: la Luz y la Fuerza de dónde procede [urkundet] la Naturaleza».[1]

«Quita la naturaleza y la criatura, lo que queda es Dios en sí».[2] Dios en sí mismo no es nada más que un silencio y una claridad. Con palabras del propio Böhme: «*Bloss eine stille, helle, lichte Wonne ohne Wesen, und das ist die Ewigkeit ohne etwas, und heisset vor allen andern Gott: dan es ist nichts Böses darinen, und ist ohne Wesen*». Traducido: «Simplemente una delicia silenciosa, clara, luminosa, eso es la eternidad sin nada más, y se llama Dios ante todo: pues no hay nada malo dentro de Él, y carece de esencia».[3] «*Stille ohne Wesen*». Silencio sin esencia y sin nombre.[4] «Cuando tú quieres pensar en Dios, nos dice Böhme, es preciso que te representes una oscuridad que no es tal, una oscuridad que es como una nada». Se trata de una verdadera Nada de determinación y no de las tinieblas con las que asociaremos al primer principio de la esencia divina, ya que las nociones de tinieblas y de luz son en Böhme nociones y realidades correlativas.



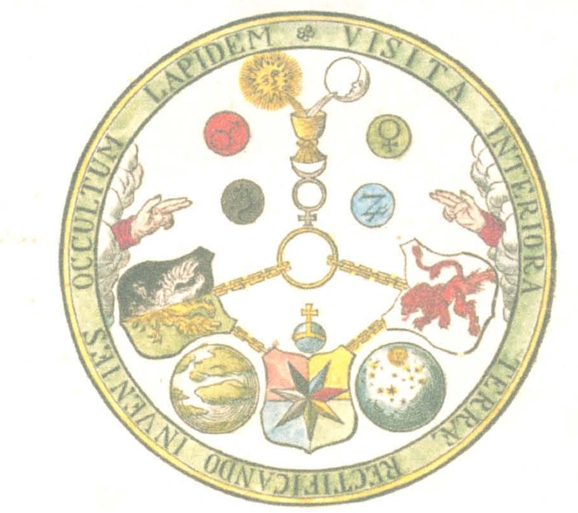
## Referencias

1. De Tribus Principiis, VII, 21
2. *De Electione Gratiae*, I, 21
3. Como calma absoluta, beatitud absoluta; no es ni luz, ni tinieblas; tan sólo una claridad y delicia infinitas: *Eine reine pure Helle und Wonne* (cf. *De Triplici Vita Hominis*, II, 78). No es ni bueno ni malo (cf. *De Electione Gratiae*, I, 3). «Ahí no se puede decir un Dios colérico, ni tampoco un Dios misericordioso, pues aquí dentro no existe ninguna causa para la cólera, ni tampoco para amar algo», como escribe Jakob Böhme en De Electione Gratiae, I, 21 (la traducción es mía).
4. En este sentido es Misterium y Arcanum. (Cf. *De Triplici Vita Hominis*, X, 44). Böhme escribe, en efecto, que no tiene nombre. (Cf. *De Triplici Vita Hominis*, II, 76).



# Quinta Carta

## Los Adeptos






## Quinta Carta
### Los Adeptos

En la contestación a mi carta última, has manifestado la opinión de que el exponente de espiritualidad (significando intelectualidad y moralidad combinadas) exigido por nuestro sistema de filosofía es en exceso elevado para que el hombre pueda alcanzarlo, y dudas tú si alguien ha llegado alguna vez a él. Permite que te diga que muchos de aquellos a quienes la Iglesia cristiana llama santos, y otros muchos que no han pertenecido jamás a aquella Iglesia y a quienes se acostumbra llamar «paganos», han obtenido aquel estado, y por lo tanto han alcanzado poderes espirituales que les han permitido llevar a cabo cosas bien extraordinarias, llamadas milagros.

Si examinas la historia de las vidas de los santos, encontrarás en ellas una gran cantidad de cosas grotescas, fabulosas y falsas, puesto que aquellos que escriben las leyendas conocen bien poco o nada acerca de las leyes misteriosas de la naturaleza; ellos han registrado fenómenos que han tenido lugar, o que por lo menos se cree que han sucedido; pero no pueden ellos explicar las cau-

sas que les han dado origen, y han inventado las explicaciones que les han parecido más probables o creíbles, según su manera de pensar. Pero entre todos estos escombros, encontrarás una gran parte de verdad, lo cual viene a demostrar que aun la misma inteligencia de personas sin ilustración puede ser iluminada por la sabiduría divina, si aquellas personas viven pura y santamente. Verás cómo en muchas ocasiones, frailes y monjas, pobres e ignorantes, y según el mundo, sin instrucción, alcanzaron una sabiduría tal, siendo consultados por papas y reyes en asuntos importantes, y cómo muchos de ellos lograron el poder de abandonar sus cuerpos físicos para visitar lugares distantes en sus cuerpos espirituales, formados por la sustancia del pensamiento, y llegaron hasta a aparecer en forma material en puntos remotos. Las ocurrencias de esta especie han sido tan numerosas que, si leemos sus relaciones, cesarán de parecer extraordinarias, y será de todo punto innecesario el mencionar estos casos, puesto que todos ellos son ya bien conocidos. En la Vida de Santa Catalina de Sena, en la de San Francisco Javier y en muchos otros libros encontrarás la descripción de semejantes incidentes. La historia profana rebosa también de narraciones referentes a hombres y mujeres extraordinarios, y me limitaré a recordarte la historia de Juana de Arco, que poseyó dones espirituales, y la de Jacobo Boheme, el zapatero ignorante, al cual la sabiduría divina iluminaba.



Dudamos de si puede existir nada más absurdo que el intentar argüir y disputar acerca de semejantes cosas con un escéptico o materialista que niega que sean posibles. El intentarlo equivaldría a disputar acerca de la existencia de la luz con un ciego de nacimiento, ni puede ningún tribunal de ciegos fallar acerca de si la luz existe o no existe. Sin embargo, ha existido y todavía existe, y podemos darles a los ciegos una idea de la misma, pero no podemos probársela científicamente, durante tanto tiempo como permanezcan ciegos a la razón y a la lógica.

En muchos puntos del mundo han sido las gentes degradadas hasta un punto tal por la «civilización moderna» que ha llegado a ser para ellos completamente incomprensible el que una persona pueda verificar acto alguno, sea el que fuera, excepto con el objeto de ganar dinero, obtener comodidades o por afición al lujo; el único móvil de su vida es el hacerse ricos, comer, beber, dormir y volver a comer, y gozar de todo el confort de la vida externa. Sin embargo, semejantes personas no son felices; viven en un estado de fiebre y excitación continuas, corriendo siempre tras de sombras que desaparecen en cuanto se acercan, o que crean deseos más violentos hacia otras sombras, si son asimiladas y absorbidas.

Pero afortunadamente, existen todavía otros en quienes la chispa divina de espiritualidad no ha sido ve-

lada por la humareda del materialismo, y algunos existen en quienes esta chispa se ha convertido en una llama, gracias al soplo del Espíritu Santo, emitiendo una luz que ilumina sus inteligencias y que hasta penetra sus cuerpos físicos de un modo tal que aun un observador superficial puede ver que el carácter de estas personas es extraordinario.

Personas semejantes existen en distintas partes del mundo, y constituyen una Fraternidad, cuya existencia es conocida sólo por muy pocos, ni es de desear que cualesquiera detalles acerca de esta Fraternidad sean conocidos públicamente, puesto que semejantes noticias no harían más que excitar la envidia y la cólera del ignorante y del malvado y poner en actividad una fuerza que ningún daño causaría a los Adeptos, pero sí a aquellas voluntades perversas que contra los Adeptos se levantaran.

Sin embargo, como tú deseas conocer la verdad, no por curiosidad frívola, sino por el deseo de seguir el camino de la misma, me es permitido darte las noticias siguientes:[1]

Los Hermanos de quienes hablamos, viven desconocidos para el mundo; la historia nada sabe acerca de los mismos, y sin embargo, son ellos los más grandes de entre toda la humanidad. Los monumentos que en honor



de los conquistadores del mundo han sido erigidos se habrán convertido en polvo; reinos y tronos habrán desaparecido, pero estos elegidos vivirán todavía. Llegará un tiempo en el que el mundo quedará convencido de la indignidad de las ilusiones externas, y empezará a estimar sólo aquello que es digno de ser apreciado; entonces será conocida la existencia de los Hermanos y se apreciará su sabiduría. Los nombres de los grandes de la tierra están escritos en el polvo, los nombres de estos Hijos de la Luz inscritos están en el Templo de la Eternidad. Yo te haré conocer a estos Hermanos, y podrás tú convertirte en uno de ellos.

Estos Hermanos están iniciados en los misterios de la religión, pero no vayas a comprenderme mal, ni a suponer que pertenecen ellos a alguna sociedad secreta exterior, como las que acostumbran a profanar lo que es sagrado, por la verificación de ceremonias externas, y cuyos miembros se llaman a si mismos Iniciados. ¡No! Únicamente el espíritu de Dios es quien puede iniciar al hombre en la Sabiduría Divina e iluminar su inteligencia. Únicamente el hombre puede guiar al hombre al altar donde arde el fuego divino, el segundo debe llegar a él por sí mismo; si desea ser iniciado, debe por sí mismo hacerse digno de obtener dones espirituales, él mismo debe beber en la fuente, que para todos existe, y de la cual

nadie es excluido más que aquellos que a sí mismos se excluyan.

Mientras los ateos, materialistas y escépticos de nuestra civilización moderna falsean la palabra «filosofía», con objeto de preconizar como sabiduría divina las elucubraciones de sus propios cerebros, estos Hermanos viven tranquilamente bajo la influencia de una luz más elevada, y construyen un templo para el eterno espíritu, un templo que continuará existiendo después de que más de un mundo haya perecido. Su trabajo consiste en cultivar los poderes del alma; ni el torbellino del mundo externo ni sus ilusiones les afectan; leen las letras vivientes de Dios en el libro misterioso de la naturaleza; ellos reconocen y gozan de las armonías divinas del universo. Mientras los sabios del mundo procuran reducir a su propio nivel intelectual y moral todo lo que es sagrado y exaltado, estos Hermanos se elevan al plano de la luz divina y encuentran en él todo cuanto en la naturaleza es bueno, verdadero y bello. Son ellos los que no se limitan a creer meramente, sino que conocen la verdad por contemplación espiritual o Fe, y sus obras hállense en armonía con su Fe, porque ellos obran bien por amor al bien y porque saben qué es el bien.

No creen que pueda un hombre convertirse en un verdadero cristiano por la mera profesión de una cierta creencia, o por unirse a una Iglesia cristiana en el sentido literal de la palabra. Convertirse en un verdadero cristiano significa convertirse en un Cristo, elevarse por encima de la esfera de la personalidad e incluir y poseer en el seno del yo propio y divino de uno mismo todo cuanto existe en los cielos o sobre la tierra. Es un estado que se halla fuera de la concepción de aquel que no lo ha alcanzado; significa una condición en la cual uno es actual y conscientemente un templo en donde la Trinidad Divina, con todo su poder, reside. Únicamente en esta luz o principio al cual nosotros llamamos Cristo, y al cual otras naciones conocen con otros nombres, podemos encontrar nosotros la verdad. Entra en aquella luz, y aprenderás a conocer a los Hermanos que en la misma viven. En aquel santuario residen todos los poderes y los llamados medios sobrenaturales, por cuyo medio la humanidad puede recibir la energía necesaria para que quede restablecido el lazo, en la actualidad quebrantado, que en épocas remotas unía al hombre con la fuente divina de la cual procede. Si los hombres conociesen tan sólo la dignidad de sus propias almas y las posibilidades de los poderes que latentes en las mismas permanecen, el deseo tan sólo de encontrar sus propios egos les llenaría de temor respetuoso.

Sólo existe un Dios, una verdad, una ciencia y un camino para llegar a ella; a este camino se le da el nombre de religión, y por lo tanto, sólo existe una religión

práctica, aunque existan mil teorías diferentes. Todo cuanto se necesita para obtener un conocimiento de Dios está contenido en la naturaleza. Todas cuantas verdades la religión de verdad puede enseñar han existido desde el principio del mundo y existirán hasta que el mundo concluya. En todas y cada una de las naciones de este planeta ha brillado siempre la luz en las tinieblas, a pesar de que las tinieblas no la han comprendido. En algunos puntos esta luz ha sido muy brillante, en otros menos, en proporción a la facultad receptiva del pueblo y a la pureza de su voluntad. Siempre que ha encontrado una receptividad grande ha aparecido con gran resplandor y ha sido percibida en un estado mayor de concentración según la capacidad de los hombres para percibirla. La verdad es universal y no puede ser monopolizada por hombre alguno, ni por ninguna colectividad de hombres; los misterios más augustos de la religión, tales como la Trinidad, la caída o diferenciación de la mónada humana, su Redención por amor, etc., se encuentran tanto en los antiguos sistemas religiosos como en los modernos. El conocimiento de los mismos es el conocimiento del universo; en otras palabras, es la Ciencia Universal, una ciencia que es infinitamente superior a todas las ciencias materiales del mundo, cada una de las cuales entra todo lo más en algún detalle ínfimo de la existencia, pero que deja a las grandes verdades universales, en las que toda existencia se funda, fuera de consideración, y hasta trata



quizá semejantes conocimientos con desprecio, porque sus ojos están cerrados a la luz del espíritu.

Las cosas externas pueden ser examinadas con la luz externa; las especulaciones intelectuales requieren la luz de la inteligencia, pero la luz del espíritu es indispensable para la percepción de las verdades espirituales, y una luz intelectual sin la iluminación espiritual conducirá a los hombres al error. Aquellos que deseen conocer verdades espirituales, deben buscar la luz en el interior de sí mismos, y no esperar que la obtendrán por ninguna especie de formas o ceremonias externas; únicamente, cuando dentro de sí mismos hayan encontrado a Cristo, serán dignos del nombre de cristianos.[2]

Esta era la religión práctica, la ciencia y el saber de los sabios antiguos largo tiempo antes de que la palabra cristianismo fuese conocida; era también la religión práctica de los primitivos cristianos, que eran gentes iluminadas espiritualmente y verdaderos seguidores de Cristo. Sólo a medida que el cristianismo se hizo popular y, por consiguiente, comprendió erróneamente el sistema de religión, las interpretaciones falsas han suplantado a las verdaderas doctrinas, y los símbolos sagrados han perdido su significación verdadera. Organizaciones eclesiásticas y sociedades secretas se han apropiado las formas y alegorías exteriores; fraudes eclesiásticos y misticismo han usurpado el trono de la religión y de la

verdad. Los hombres han destronado a Dios, y se han colocado ellos mismos en el trono. La ciencia de semejantes hombres no es sabiduría; sus experiencias prácticas hállanse limitadas por sus sensaciones corpóreas; su lógica hállase fundada en argumentos que son fundamentalmente falsos, jamás han conocido ellos las relaciones existentes entre el Infinito Espíritu y el hombre finito; ellos se arrogan poderes divinos, que no poseen, induciendo así a los hombres a que busquen en ellos la luz, la cual puede únicamente encontrarse en el interior de uno mismo; ellos engañan al hombre con esperanzas falsas, y aletargándolo en una falsa seguridad, lo conducen a la perdición.

Un tal estado de cosas es la consecuencia necesaria del poder exterior que las modernas iglesias han alcanzado. Demuestra la historia que según una iglesia ha aumentado en poder externo, ha disminuido su poder interno. Ya no puede decir por más tiempo: «No poseo ni oro ni plata», y tampoco a los enfermos «Levántate y anda».

A menos que a los antiguos sistemas se les infunda una nueva vida, su decadencia es segura. Su disolución es sólo en exceso aparente en el desarrollo universal de las perniciosas supersticiones del materialismo, escepticismo y libertinaje. No puede a la religión infundírsele una vida nueva, dando fuerza al poder externo y autori-



dad material al clero; debe serle infundida en su centro mismo. El poder central que da vida a todas las cosas y que a todas las pone en movimiento, es el Amor, y sólo estando penetrada por el amor su religión puede ser fuerte y duradera; una religión fundada en el amor universal de la humanidad contendría los elementos de una religión universal.

A menos que el principio de amor sea prácticamente reconocido por la Iglesia no se desarrollará en su seno Cristo alguno, ni adeptos ni guías espirituales verdaderos, y los poderes espirituales que los clérigos pretenden poseer existirán tan sólo en su imaginación. Cese el clero de distintas denominaciones de excitar el espíritu de intolerancia, desista de invitar al pueblo a la guerra y a la sangre, a disputas y querellas. Reconozcan que todos los hombres, pertenezcan a la nación que pertenezcan, y profesen la religión que profesen, tienen un solo origen común, y que un solo destino colectivo es el que les espera, y que todos ellos son fundamentalmente uno, diferenciándose meramente en sus condiciones externas. Entonces, cuando se piense más en el interés de la humanidad que en los intereses temporales de las iglesias, entonces la verdadera iglesia recobrará su poder interno; entonces se encontrarán de nuevo en la Iglesia adeptos, Cristos y santos, otra vez se obtendrán dones espirituales, y hechos milagrosos se llevarán a cabo, los cuales se-

rán más a propósito para convencer a la humanidad que todas las especulaciones teológicas acerca de que más allá del reino sensible de la ilusión material, existe un poder más elevado, universal y divino, y que, a aquellos que están en posesión del mismo, además de darles derecho de llamarse a sí mismos divinos, les hace realmente divinos y les permite llevar a efecto actos divinos.

La verdadera religión consiste en el reconocimiento de Dios, pero Dios no puede ser reconocido más que por medio de su manifestación, y aunque toda la naturaleza es una manifestación de Dios, sin embargo, el grado más alto de esta manifestación es la divinidad en el hombre. El hacer a todos los hombres divinos es el objetivo final de la religión, y el reconocer a la Divinidad universal (Cristo) en todos es el medio para lograr aquel fin. El reconocimiento de Dios significa el reconocimiento del universal principio de amor divino. Aquel que reconozca plenamente este principio, no meramente en la teoría sino en la práctica, le serán abiertos sus sentidos internos, y su mente será iluminada por la Sabiduría Espiritual y Divina. Cuando todos los hombres hayan llegado a aquel estado, entonces la luz divina del espíritu iluminará al mundo y será reconocida del mismo modo que la luz del sol es universalmente vista. Entonces el saber sustituirá a la opinión, la fe a la nueva creencia, y el amor universal dominará en lugar del amor personal.



Entonces serán reconocidas en la naturaleza y en el hombre la majestad del Dios universal y la armonía de sus leyes. Y en las joyas que adornan al trono del Eterno, joyas que conocen los Adeptos, se verá resplandecer la Luz del Espíritu.

▽

## Referencias

1. La carta original de donde se ha extractado lo que sigue, fue escrita por Karl von Eckhartshaussen, en Munich, el año 1792.

2. En alemán un *Cristo*, significa un *cristiano*, y también uno que es una encarnación del principio de *Cristo*; ambas palabras son idénticas y ninguna diferencia se hace entre un *cristiano* y un *Cristo*.



# Quinto Comentario de un Filósofo Desconocido

Al amor es la herramienta de los Adeptos, y «Sólo el amor se llama Dios, su fuerza y su poder se llama cólera», nos dice Böhme en Mysterium Magnum (XXVI, 10); «La cólera es la raíz del amor, como el fuego lo es de la luz» (XXVI, 28).

El Mysterium Magnum es el Caos (de donde surgen la Luz y la Oscuridad, o sea, el principio del cielo y del infierno), manifestado y derivado de la Eternidad; este principio que ahora llamamos del infierno, cuya existencia tiene origen en el propio Caos, es la base y la causa del fuego en la Naturaleza Eterna; este fuego en Dios es solamente un amor ardiente, donde Dios no está.

Jakob Böhme emplea tres imágenes para referirse al primer principio: la del lazo o vínculo (Band, ewiges Band), Así las tres o cuatro esencias que constituyen el primer principio formarían una unidad indisoluble estando obligadas por un vínculo eterno; la imagen de una rueda eternamente en movimiento, es la imagen del torbellino; finalmente, la imagen poderosa del fuego. En cuanto al segundo principio (luz), no hay que olvidar que se trata de un principio espiritual, y no propiamente vital. El tercero, lo sabemos, alude a la corporeidad.

Queda claro que los tres Principios son igualmente necesarios a la constitución de lo real, en la medida en que pueden ser considerados estados cualitativamente determinados del ser, fases de su evolución y elementos de su estructura ontológica. ¿Pero qué relación guardan con la trinidad de Personas que también se refleja en todo lo creado? Digamos simplemente que esta relación no es del todo clara, ni siempre posible, en Böhme. Las analogías pueden hilvanarse, también a propósito de la constitución del ser humano. Para el teósofo el Padre, engendrando al Hijo, se engendra a sí mismo eternamente; y el Espíritu brota o emana de ambos.

Ahora bien, el Padre no es idéntico, sin más, al primer principio, porque en el primer principio «Dios no es Dios». No olvidemos que Dios es el mismo en todos los tres principios de su esencia;[1] el Padre celeste es también el Dios bueno que vive en el segundo principio; el primero no es más que la base oscura y dinámica de su vida, como ya hemos dicho; eternamente Dios se engendra a sí mismo en tanto que espíritu, y este «fundamento tenebroso y oscuro», está penetrado por los rayos de amor y de luz.[2] Dios, acabamos de decir, es el mismo en todos los tres principios de su esencia pero es en el Hijo, y no es más que por el Hijo (vinculado al segundo principio), que Dios es Dios.[3] Nos ocupamos ahora de esto, para concluir este apartado.

El texto de nuevo es suficientemente explícito: «El Padre sólo será llamado un Dios santo en el Hijo (esto es en la fuerza de la Luz en el divino reino de la alegría, como en el gran amor y dulzura), pues ésta es su auténtica revelación (rechte Offenbarung), por la que es llamado Dios. En el Fuego es llamado un Dios colérico: pero en la Luz o en el Fuego del Amor se llama el Dios santo; y no se llama Dios en la Naturaleza de las tinieblas».[4] «La Divinidad es en todas partes todo en todas las cosas, pero sólo se llama Dios según la Luz del Amor y según el Espíritu manante (ausgehenden) del reino de la alegría...».[5]



Hay para Böhme dos formas de cólera, Zorn y Grimmigkeit. Zorn, representa el principio negativo, al principio fogoso, ardiente, airado que se encuentra en todas las cosas. Böhme emplea también muchas veces la expresión: Gottes Zorn, la ira de Dios. Por aparte Grimmigkeit lo utiliza como Furor, cólera, ardor. Encono, fiereza, rabia, Grimm, grimmig (Colérico, rabioso) es un adjetivo que emplea mucho.

Aquél que persigue el conocimiento de si mismo tendrá acceso a la ciencia del mundo, de los demás seres. El conocimiento de sí mismo es solamente en sí que lo debe buscar. Es en el espíritu del hombre que se deben encontrar las leyes que dirigen su origen. Es preciso, entonces, que el iniciado encuentre su centro iniciático, la divinidad en sí, para adquirir el pleno conocimiento de sí mismo. Es necesario conocer sus flaquezas para dominarlas mejor y no volver a practicar los mismos errores. Jesús Cristo decía a los hombres que no pecasen más. Hoy, los maestros piden que los hombres procuren errar cada vez menos, hasta el día en que, habiendo encontrado su equilibrio iniciático, puedan llegar a no pecar más. Su lucha debe ser constante, contra las pasiones, sus contrariedades internas y la ira. La docilidad representa la presencia

de Dios en el centro iniciático; la ira representa su ausencia. «El hombre no puede ser integralmente libre de la ira y del pecado porque los movimientos del abismo de este mundo tampoco son totalmente puros ante el corazón de Dios; el amor y la ira siempre luchan entre sí», nos dice el Filósofo Desconocido en su «Hombre de Deseo».

A este respecto, el hecho de poseer un cuerpo le parece a Jakob Böhme muy importante. El cuerpo es como una pantalla, una tabla de salvación. Ya antes de la caída poseía una cierta existencia propia, aunque se sometía al espíritu y a la voluntad. Y esto quiere decir que existía una relativa independencia de la naturaleza humana en relación a su espíritu. Por ello, un acto espiritual del hombre no podía tampoco entrañar enteramente consecuencias fatales para él, considerado por entero. El hombre es un ser que pertenece a varios mundos. Y así como en nuestra vida actual actos cualesquiera no pueden influir definitivamente en nuestra naturaleza y transformarla, tampoco en Adán un acto pecaminoso podía destruir y agotar del todo su libertad. El ser humano no está nunca definitivamente perdido o condenado; tampoco salvado. De ahí el empeño de Böhme, como bien sabemos, en combatir la doctrina de la predestinación.[6]

También habla en ocasiones Böhme de una caída provocada por el deseo de conocer, deseo que implicaba ya una participación. En efecto, comer el fruto del árbol, en un mundo previamente caído, lo asocia el teósofo a un conocimiento, al despertar a cierta clase de conciencia.[7]



Podemos decir que este mundo sería para nosotros el paraíso, si fuéramos capaces de mirarlo, antes lo hemos dicho, con ojos renovados. Subsiste entre los tres principios y fuera de ellos. Böhme dice curiosamente que el paraíso duró 40 días. Es claramente un número simbólico, pero que nuestro filósofo puede tomar también por perfectamente real.[8]

## Referencias

1. cf. *De Tribus Principiis*, IV, 57
2. cf. *De Tribus Principiis*, IV, 58
3. cf. *De Tribus Principiis*, IV, 32
4. *Mysterium Magnum*, VII, 14
5. *De Signatura Rerum*, XIV, 35:
6. De Triplici Vita Hominis, IV, 58.
7. v.g Sex Puncta Theosophica, X, 1; Quaestiones Theosophicae, qu. X, 1.
8. Mysterium Magnum, XVII, 34.





# Sexta Carta

## Experiencias Personales




MONS PHILOSOPHORUM.

## Sexta Carta

### Experiencias Personales

Existen en la naturaleza misterios innumerables que desea el hombre descubrir. La creencia de que existen ciertas sociedades en posesión de secretos determinados que podrían, si quisiesen, comunicar a otras personas que no han llegado al grado de desarrollo espiritual de los que las constituyen es una creencia errónea. El hombre que cree que el verdadero saber puede ser obtenido por medio de favores, en lugar de por desarrollo espiritual, cesa de esforzarse en lograr su propia evolución y se une a sociedades secretas o a iglesias, esperando con ello obtener algo que no se merece; pero siempre el final es para él un desencanto.

En el verano de 1787, estando yo sentado en uno de los bancos de los jardines cercanos al castillo de Burg en Munich, y pensando profundamente acerca de lo anterior, vi a un extranjero de aspecto digno e imponente, bien vestido, sin la menor clase de pretensiones, paseándose por una de las calles del jardín. Algo había en él que atrajo mi atención; quizás fue la tranquilidad suprema de su alma que se reflejaba en sus ojos. Su cabello era gris,

pero su mirada era tan bondadosa que, cuando pasó por delante de mí, instintivamente llevé la mano al sombrero, saludándome él también de un modo muy amable. Me sentí impulsado a seguirle y a hablarle, pero no teniendo la menor excusa para hacerlo, me contuve, y el extranjero desapareció.

Al día siguiente, y poco más o menos a la misma hora, volví al mismo sitio, esperando encontrar de nuevo al extranjero. Estaba allí, sentado en un banco y leyendo un libro; no me atreví a interrumpirle. Paseé durante un rato por el jardín, y cuando volví el extranjero ya no estaba. Sin embargo, había dejado encima del banco un libro pequeño, que me apresuré a coger, esperando poder tener la oportunidad de devolvérselo, y con ello una ocasión para conocerle. Miré el libro, pero no pude leerlo, pues estaba escrito en caracteres caldeos. Sólo una breve sentencia, que figuraba en la página del título, estaba escrita en latín, la cual pude leer, y decía: «Aquel que se levanta temprano en busca de la sabiduría, no tendrá que ir muy lejos para encontrarla, porque la encontrará sentada frente a su puerta». Los caracteres en que estaba impreso el libro eran muy hermosos, de un rojo muy brillante, y la encuadernación del libro era de un azul magnífico.

El papel era finísimo, blanco, y parecía emitir todos los colores del arco iris, a manera del nácar. Un



olor exquisito penetraba cada una de las hojas de aquel libro, y tenía también un cierre de oro.

Durante tres días consecutivos fui a aquel lugar a las doce, con la esperanza de encontrar allí al extranjero, pero fue en vano. Por fin hice la descripción del personaje a uno de los guardas, y logré saber que se le veía con frecuencia a las cuatro de la mañana paseando por la orilla del Isar, cerca de una pequeña cascada, en un sitio llamado Prater. Fui allí al día siguiente, y quedé sorprendido al verle leer otro libro pequeño parecido al que yo había encontrado. Me acerqué a él y ofrecí devolverle el libro, explicándole cómo había llegado a mis manos, pero me rogó que lo aceptase en su nombre, y que lo considerase como un regalo de un amigo desconocido. Le dije que no podía leer su contenido, excepto el primer verso de la página primera, a lo cual contestó que todo cuanto decía el libro se refería a lo que aquella sentencia expresaba. Entonces le pedí que me explicase el contenido del libro.

Paseamos un rato por la orilla, y el extranjero me dijo muchas cosas importantes acerca de las leyes de la naturaleza. Había viajado mucho y poseía un verdadero tesoro de experiencias.

Cuando el sol comenzó a salir, dijo: "Voy a hacerle ver a usted algo curioso". Sacó entonces del bolsillo

un frasco pequeño y vertió en el agua unas pocas gotas del líquido que contenía e inmediatamente las aguas del río comenzaron a brillar con todos los colores del arco iris, hasta una distancia de más de treinta pies de la orilla. Algunos trabajadores de las inmediaciones se acercaron y se admiraron del fenómeno. Uno de ellos estaba enfermo de reumatismo. El extranjero le dio algún dinero y ciertos consejos, y le dijo que si los seguía, en tres días estaría sano. El obrero le dio las gracias; pero el extranjero le contestó: «No me des a mí las gracias, dalas al poder omnipotente del bien».

Entramos en la ciudad, y el extranjero me dejó, citándome para el día siguiente, pero sin decirme ni su nombre ni el lugar de su residencia. Le encontré de nuevo al día siguiente, y supe por él cosas de un género tal que sobrepasaron por completo todo cuanto podía figurarme. Hablamos acerca de los misterios de la naturaleza, y siempre que él hablaba de la magnitud y grandeza de la creación, parecía estar penetrado de un fuego sobrenatural.

Me sentía algo confuso y deprimido ante su sabiduría superior, y me maravillaba el pensar cómo podía haber adquirido sus conocimientos. El extranjero leyendo mis pensamientos, dijo:



-Veo que no acaba de decidirse usted respecto a la especie de ser humano en la que clasificarme; pero yo le aseguro a usted que no pertenezco a ninguna sociedad secreta, aunque los secretos de todas las sociedades semejantes son bien conocidos por mí. Ahora tengo varias cosas que hacer; pero mañana le daré más explicaciones.

-¿Tiene Ud. negocios? -exclamé yo- ¿Desempeña Ud. algún cargo público?

-Querido amigo -contestó el extranjero-, el que es bueno siempre encuentra en qué ocuparse, y el hacer el bien es el más alto empleo que puede desempeñar el hombre y al cual puede aspirar.

Con esto me dejó, y no le vi más durante cuatro días; pero al quinto me llamó por mi nombre, a las cuatro de la mañana, por la ventana de mi cuarto, y me invitó a dar un paseo con él. Me levanté, me vestí, y salimos. Me dijo entonces algunas cosas acerca de su vida pasada, y entre ellas, que cuando tenía veinticinco años había trabado conocimiento con un extranjero que le había enseñado muchas cosas y regalado un manuscrito que contenía enseñanzas notables. Me enseñó este manuscrito, y lo leímos juntos. Lo siguiente constituyen algunos extractos del mismo:

«Así como la imagen de un objeto puede ser vista en el agua, del mismo modo los corazones de los hombres pueden ser vistos por el sabio; Dios te bendice, hijo mío, y te permite publicar lo que yo digo, para que con ello las gentes puedan recibir beneficios».

Filiam Vitis (Hijo de la Vid): «Uno de los Hermanos me ha enseñado el sendero hacia los misterios de la naturaleza; pero las ilusiones que flotan a los lados del camino han llamado mi atención durante largo tiempo, y durante el mismo he permanecido detenido; pero por fin me convencí de la inutilidad de semejantes ilusiones, y he abierto mi corazón de nuevo a los cálidos rayos dispensadores de vida del amor divino, del gran sol espiritual. Entonces es cuando he reconocido la verdad de que la posesión de la sabiduría divina sobrepasa la posesión de todo lo demás; y que aquello a lo cual los hombres llaman saber, es nada, y que nada es el hombre a menos que se convierta en un instrumento de la sabiduría divina. La divina sabiduría es desconocida para el sabio del mundo; pero existen algunas personas que la conocen. Océanos existen en el país en el cual viven los sabios y aquel que constituye la residencia de los hijos del error, y hasta que los hombres hayan acostumbrado sus ojos a la radiación de la luz divina no será descubierta la región en la que aquellos viven. En su país es donde el templo



de la sabiduría existe, en el cual hay una inscripción que dice: 'Este templo es sagrado, por la contemplación de las divinas manifestaciones de Dios en la naturaleza'. Sin verdad no existe sabiduría, ni verdad sin bondad. La bondad se encuentra raras veces en el mundo, y por lo tanto, así las verdades como la llamada sabiduría del mundo no son con frecuencia más que locuras».

«Estamos nosotros libres de preocupaciones, y con los brazos abiertos recibimos a cada uno de los que a nosotros vienen y que llevan en sí mismas el sello de la divinidad. A nadie preguntamos si es cristiano, pagano o judío; todo cuanto exigimos de un hombre es que se mantenga fiel a su humanidad. El amor es el lazo de unión entre nosotros, y nuestro trabajo es en pro del bien de la humanidad. Por nuestras obras nos conocemos unos a otros, y aquel que goza de la más elevada sabiduría es el que obtiene el grado más elevado. Ningún hombre puede recibir más de lo que merece. El amor divino y la ciencia, a cada uno se dan en proporción a su capacidad para amar y saber. La fraternidad de los sabios es unión para la eternidad en lo absoluto, y la luz del sol de la verdad eterna ilumina su templo. La luz del sol calienta el cristal en el cual penetra; si se le separa de la luz, se enfría. Del mismo modo, la mente del hombre penetrada por el amor divino obtiene sabiduría; pero si se aparta de la verdad, la sabiduría se desvanece. Las sociedades secretas y sec-

tarias han perdido la verdad, y la sabiduría ha desaparecido de entre las mismas. No aman ellas al hombre más que en proporción a como pertenece a su partido y sirve para sus intereses sectarios; ellas emplean símbolos y formas cuya significación no comprenden. De hijos de la luz se han convertido en hijos de las tinieblas, el templo de Salomón que sus antepasados estaban construyendo, está ahora destruido y no existe en él piedra sobre piedra; la mayor confusión reina ahora en sus doctrinas. Las columnas del templo han caído, y el lugar que ocupaba el santuario lo ocupan serpientes venenosas. Si deseas saber si lo que yo digo es o no la verdad, empuña la antorcha de la razón y entra en las tinieblas; contempla las acciones de las sociedades sectarias cometidas durante el pasado y el presente, y sólo verás egoísmo, superstición, crueldad y asesinato».

«El número de seres humanos que viven sumidos en las tinieblas es de millones, pero el número de los sabios es muy corto. Viven ellos en diferentes partes del mundo, a gran distancia unos de otros, y sin embargo se hallan inseparablemente unidos en el espíritu. Hablan ellos diferentes lenguas, y sin embargo, cada uno de ellos entiende a los otros, porque la lengua del sabio es espiritual. Son ellos quienes se oponen a las tinieblas, y ninguno que esté mal dispuesto puede aproximarse a su luz, pues sus tinieblas mismas lo destruirán. Para los hombres



son ellos desconocidos, y sin embargo, día llegará en que la obra que ha necesitado algunos siglos para ser llevada a cabo por los malvados, será en un momento destruida por ellos como por un impulso del dedo de Dios».

«No busques la luz en las tinieblas, ni en los corazones de los malvados la sabiduría; si te acercas a la verdadera luz la conocerás, porque iluminará tu alma».

Estas notas son algunos extractos del manuscrito. Contenía muchas noticias acerca de los Hermanos de la Cruz y de la Rosa de Oro. No me está permitido decir todo cuanto aprendí en el mismo; pero en resumen, del manuscrito se desprende que los verdaderos Rosacruces son una sociedad espiritual por completo, y que nada tienen que ver absolutamente con cualquiera de las sociedades secretas conocidas en el mundo. La verdad es que no se les puede considerar como una sociedad en el sentido aceptado de la palabra, puesto que no constituyen una corporación organizada, ni tienen leyes, ni reglas, ni ceremonias, ni cargos, ni reuniones, ni ninguna de las muchas formas que configuran la vida de las sociedades secretas. Es un cierto grado de sabiduría, cuya obtención es lo que hace de un hombre un Rosacruz, y el que llega a aquella sabiduría, es un iniciado ya. Él es entonces un Rosacruz, porque comprende prácticamente el misterio de la rosa y de la cruz. Este misterio se refiere a la ley de la evolución de la Vida, y su conocimiento práctico

no puede ser comprendido sólo por medios teóricos, especulativos o intelectuales. Inútil es el meditar acerca de cuestiones místicas que se hallan más allá de nuestro horizonte mental; inútil es el intentar penetrar en los misterios espirituales antes de que nos hayamos espiritualizado. El conocimiento práctico, supone práctica, y sólo puede ser adquirido por medio de la práctica. Para obtener poder espiritual es necesario practicar las virtudes espirituales de Fe, Esperanza y Caridad; la única manera de llegar a ser sabio es cumplir durante la vida con los deberes de uno mismo. El amar a Dios en toda la humanidad, cumpliendo con el deber, constituye la sabiduría humana suprema, y de ésta únicamente puede brotar la Sabiduría Divina. A medida que en los hombres el amor y la inteligencia aumentan, la fuerza del poder espiritual que a sus corazones eleva en energía aumenta también, y sus horizontes mentales se ensanchan. Lenta y casi imperceptiblemente ábrense los sentidos internos, y los hombres van adquiriendo mayor capacidad receptiva, y cada paso hacia lo alto concede a la visión más ancho campo.

Dignas de lástima son aquellas sectas y sociedades que intentan obtener el conocimiento de las verdades espirituales por medio de la especulación filosófica sin la práctica de la verdad. Inútiles son las ceremonias si sólo se celebran exteriormente, sin comprender su significado



oculto. Una ceremonia externa no tiene significación alguna, a menos que sea la expresión de un proceso interno que está teniendo lugar en el alma; de no ser así, la ceremonia es tan sólo una ilusión y una vergüenza. Si el procedimiento interno se verifica, el significado del símbolo externo será comprendido fácilmente. El hecho de que la significación de los símbolos no sea comprendida, y que se haya convertido en origen de disputas y diferencia de opiniones entre las distintas sectas demuestra la pérdida del poder interno y que todas aquellas sectas únicamente poseen la forma muerta exterior.

La base en que la religión de sectas y sociedades secretas se funda es el amor y la admiración egoísta del yo. Si bien algunas personas generosas y antiegoístas pueden encontrarse entre las sectas y las sociedades secretas, sin embargo, el verdadero sectario sólo espera obtener beneficios para sí mismo. Para sí mismo y por su propia salvación es sólo por lo que ruega y reza, y si lleva a cabo alguna buena acción es con el objeto de obtener algún premio.

Por lo tanto, vemos al cristianismo dividido en algunos centenares de sociedades, sectas y religiones diferentes, muchas de las cuales se odian y procuran perjudicarse unas a otras, mirándose mutuamente con desprecio. Y vemos al clero de todos los países tratando de obtener poder político y de promover sus intereses egois-

tas o el interés egoísta de su Iglesia. Han perdido de vista al Dios Universal de la Humanidad, y han colocado al dios del yo en su lugar. Pretenden ellos estar en posesión de poderes divinos que no tienen, y sea cual fuere el poder que poseen, lo emplean para obtener beneficios materiales para su Iglesia.

Así vemos que el divino principio de verdad es prostituido todos los días y a todas horas en las iglesias, que son tan sólo mercados para los que las ocupan. El templo del alma hállase todavía ocupado por mercaderes, y de él permanece todavía excluido el espíritu de Cristo.

Cristo, la Luz Universal del Logos Manifestado, la Vida y la Verdad, está en todas partes y no puede ser encerrado ni en una Iglesia ni en una Sociedad Secreta. Su Iglesia es el Universo, y sus altares el corazón de cada ser humano en el cual su luz es admitida. El seguidor verdadero de Cristo no conoce yo alguno, y no sabe lo que es un deseo egoísta. No se preocupa por el bienestar de más iglesias que por el de aquella que es lo suficientemente ancha para contener a la humanidad entera, sin tener en cuenta ni diferencias ni opiniones. Se preocupa muy poco de su salvación personal, y mucho menos espera obtenerla a costa de otra persona. Sintiéndose él mismo sumido en el amor inmortal, sabe que él es ya inmortal en aquel principio; sabiendo que su ego individual tiene sus raíces en la conciencia eterna de Dios, bien



poco se preocupa de aquel yo personal que no es más que una ilusión hija del contacto del espíritu eterno con la materia. El verdadero seguidor de la Luz no posee más voluntad, pensamiento o deseo que aquello que el Espíritu Universal quiere, piensa o desea por medio de él. Poner el yo de uno en situación receptiva para la luz divina, ejecutar lo que su voluntad indica, y convertirse así en un instrumento por medio del cual pueda Dios manifestar su divino poder sobre la tierra es el único medio de obtener la ciencia espiritual y de convertirse en un Hermano de la Cruz y de la Rosa de Oro.

ꕤ ▽ ꕤ

## Sexto Comentario de un Filósofo Desconocido

La palabra adepto viene del latín adeptus, participio de perfecto del verbo adipiscor (obtener, alcanzar), un verbo prefijado sobre apiscor (obtener, adquirir). Apiscor se forma sobre la raíz de apere (atar, ligar). Adepto tiene valor activo y pasivo, y es así tanto el que ha alcanzado, como el que ha sido alcanzado o adquirido para una causa, el que está ligado a algo o a alguien.

Así pues, todo Adepto, todo Iluminado, todo Sabio del Amor, ha tenido experiencias místicas que lo han marcado de por vida, volcándolo de lleno en la senda de la luz. Jokob Böhme tuvo un sinnúmero de ellas, al punto que Angelus Silesius, cuyo nombre profano era Johann Scheffler nos decía: «En el agua vive el pez, la planta en la tierra, el ave en el aire, el sol en el firmamento, la salamandra debe siempre mantenerse ardiendo, y es en el corazón de Dios donde Jakob Boehme se siente en su elemento».

Permítaseme citar un pasaje de profundidad singular de Aurora: «Lo vi en el interior de mí mismo como un gran abismo, pues tuve una vista completa del universo, como una compleja y dinámica plenitud, dentro de la cual todas las cosas están ocultas y contenidas, pero me

fue imposible explicar aquello. Y aquello se abrió en mi de tiempo en tiempo, estuvo conmigo por espacio de doce años como si hubiese estado gestándose. Después, sin embargo, el sol resplandeció en mí un buen tiempo, aunque no constantemente, y entonces yo era incapaz de saber y de comprender mi labor. El hombre debe entender que su conocimiento no le pertenece sino que es de Dios que le manifiesta las Ideas de Sabiduría al alma, en la medida que le complace hacerlo. Me maravilla que Dios pueda revelarse tan plenamente a un hombre tan simple y que además a ese precisamente le ordene escribirlo; sobre todo habiendo tantos hombres sabios, que lo harían mejor que yo. Ahora he trepado tan alto que no me atrevo a mirar para atrás, pues temo al vértigo y ya no me resta más que un pequeño trecho para llegar a la meta que mi corazón aspira. Mientras voy subiendo no siento vértigo, pero cuando miro para atrás y entreveo la posibilidad de regresar entonces me viene el mareo y el miedo de caer. Por lo tanto he puesto mi confianza en el Dios fuerte. No tengo sino un cuerpo el cual es mortal y corruptible. Si la luz y el conocimiento permanecen conmigo, tengo suficiente para esta vida y la que sigue».

La iluminación de Jakob Böhme se desarrolló en cuatro etapas, durante su vida entera. A la edad de 25 años, se sienta en su habitación y el reflejo del sol sobre un jarro en estaño pulido lo hace caer en éxtasis. Le parece entonces que entiende el fundamento de las cosas. En las plantas y en toda la naturaleza, detecta una divina armonía. El mismo año, esta primera experiencia se confirma y recibe Luz y conocimiento divino por la observación



de la naturaleza sobre la esencia y la virtud de las cosas. Escribe «De Signatura Rerum». Da las gracias para la alegría de estas experiencias y guarda el secreto.

A los 35 años, su iluminación continúa, gana en precisión en sus visiones que le dan una impresión de maravillosa Unidad en el Todo. Reconoce su misión de portavoz del divino y escribe para comunicar su Gnosis. La cuarta etapa es la de su iluminación definitiva y he aquí cómo él mismo la describe: «Yo vi al Ser de todos los Seres, la Superficie y el Abismo; vi también el nacimiento de la Santa Trinidad; el origen y el primer estado del mundo y de todas las criaturas. Vi en mi mismo los tres mundos —el mundo angélico o Divino; el mundo de las tinieblas, el origen de la Naturaleza; y el mundo externo, como una substancia manifestada de los dos mundos espirituales—. En mi interior vi esto muy bien, como en una gran profundidad: pues lo vi directamente en el caos donde todo permanece envuelto, pero no pude hacer revelación alguna. De tiempo en tiempo todo esto florece en mí como el crecer de una planta. Por doce años guardé todo conmigo, antes de poder manifestarlo de alguna forma externa. Hasta entonces, esto se abatió sobre mí, como una carga que mata o que alcanza. Escribí todo lo que pude exteriorizar. La obra no es mía. No soy más que un instrumento del Señor, con el cual Él hace lo que desea».

En el Tai Yi Jin Hua Zong Zhi (El secreto de la Flor de Oro) dice: «El cielo engendra el agua por medio del Uno. Esto es justamente la verdadera fuerza del Gran Uno. Si el hombre alcanza ese Uno se vivifica; si lo pierde, muere. Pero aunque el hombre viva en la fuerza (aire,

prana) no ve la fuerza (aire), así como los peces viven en el agua pero no ven el agua. El hombre muere cuando no tiene ningún aire de vida, así como los peces perecen sin agua. Por lo tanto, los adeptos han enseñado a la gente a tener firme lo primordial y a preservar el Uno: ése es el curso circular de la luz y la preservación del Centro. Si se preserva esta legítima fuerza, puede uno alargar su tiempo de vida y aplicar luego el método para crear un cuerpo inmortal, fundiendo y mezclando».

Abraham von Frankenger en su libro «Clave o explicación de diversos puntos y términos principales» nos comparte un relato sobre Böhme: «Un día mientras cuidaba de la oficina de su maestro, entró un hombre extraño y misterioso. Aunque pareciese no tener nada más que algunos pequeños objetos mundanos, mostraba ser el más sabio y noble en dote espiritual. El extraño preguntó el precio de un par de zapatos, pero el joven Böhme no se atrevió a estipular un precio con recelo de desagradar a su maestro. El extraño insistió y Böhme finalmente estableció un valor que consideraba ser todo lo que su maestro posiblemente esperaría obtener por los zapatos. El extraño los compró inmediatamente y partió. A una pequeña distancia, el misterioso hombre paró y gritó en voz alta: "Jakob, Jakob, sal fuera". Con sorpresa y espanto, Böhme salió de la casa. El extraño hombre fijó sus ojos en los grandes ojos del chico que brillaban y parecían llenos de luz divina, palmoteó la mano derecha del chiquillo y se dirigió a él diciendo: "Jakob, tú eres pequeño, pero serás grande, y te volverás otro hombre, tan grande que el mundo te admirará. Con todo, sé piadoso, teme a Dios,



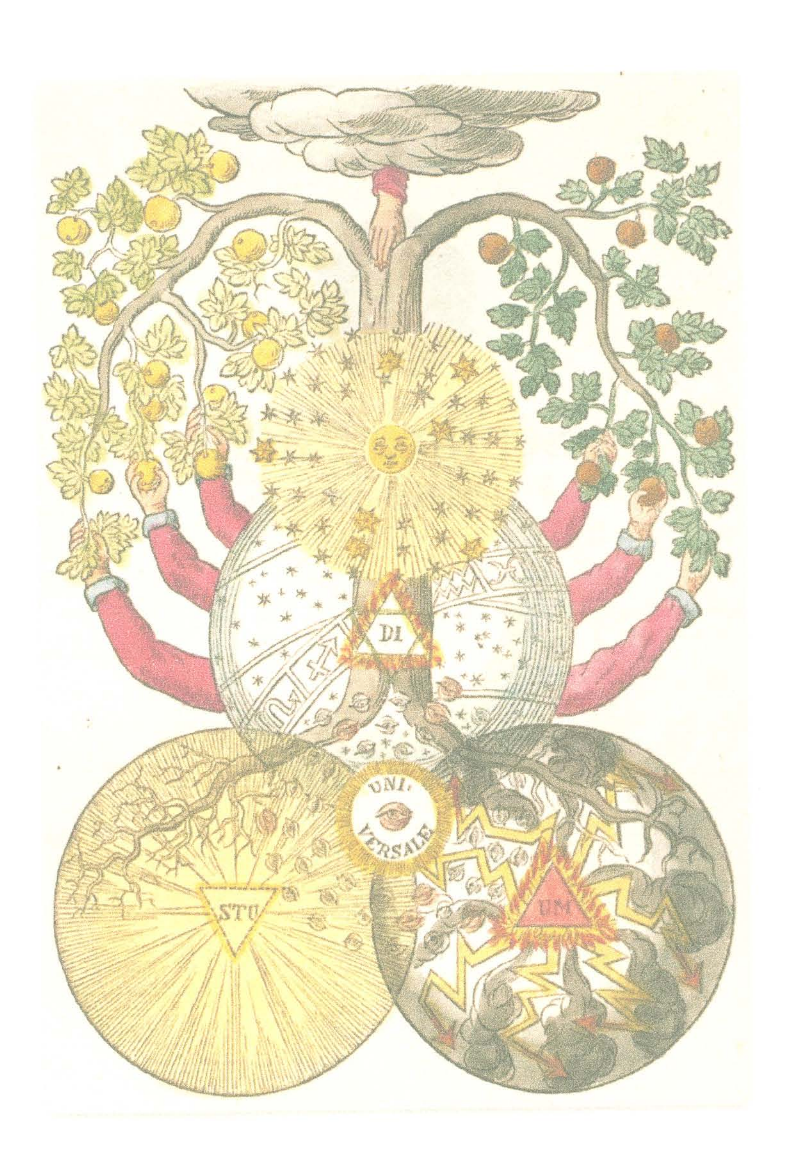
reverencia su Palabra. Lee atentamente las Santas Escrituras, donde tendrás consuelo e instrucción, pues debes enfrentar mucha miseria, privaciones y persecuciones, pero sé valiente y persevera, pues Dios te ama y tiene misericordia de ti". Profundamente impresionado por la profecía, Böhme tornó aún más intensa su búsqueda de la verdad. Finalmente su trabajo fue recompensado. Durante siete días permaneció en una condición misteriosa, período en el que le fueron revelados los misterios del mundo invisible».

Nos advierte Eckartshausen: «Él es entonces un Rosacruz, porque comprende prácticamente el misterio de la rosa y de la cruz. Este misterio se refiere a la ley de la evolución de la Vida, y su conocimiento práctico no puede ser comprendido sólo por medios teóricos, especulativos o intelectuales».



# Séptima Carta

## Los Hermanos




## Séptima Carta
### Los Hermanos

Para satisfacer tu deseo de obtener noticias acerca del Círculo Interno de los Hermanos, te comunicamos lo siguiente: no preguntes quiénes son las personas que han escrito estas cartas; luzca el valor de los escritos por sus propios méritos. Considera el espíritu con el que están escritas y no meramente las palabras en ellas contenidas. No nos mueve motivo egoísta alguno; es la luz que dentro de nosotros existe lo que nos instiga a obrar. Es esta luz interna la que nos impulsa a escribirte, y nuestras credenciales son las verdades que poseemos, que serán fácilmente reconocidas por todos aquellos para quienes la verdad es todo. Te las comunicaremos en la medida en que seas capaz de recibirlas, y estás en libertad de aceptar o de no aceptar lo que te digamos; porque la Sabiduría Divina no clama por admisión, es una luz que brilla con tranquilidad eterna, y que espera pacientemente el día en que es reconocida y se la admite.

Nuestra comunidad ha existido desde el día primero de la creación[1] y continuará existiendo hasta el último; es la Sociedad de los Hijos de la Luz y sus miem-

bros son aquellos que conocen la luz que brilla en el interior y el exterior de las tinieblas; nosotros conocemos la naturaleza del destino del hombre; nosotros tenemos una escuela en la cual la misma Sabiduría Divina es el Maestro, y ella enseña a todos aquellos que desean la verdad, por la verdad misma y no meramente en razón de cualquier beneficio mundano que pueda resultar de su posesión. Los misterios explicados en aquella escuela, se refieren a cada una de las cosas que es posible conocer con respecto a Dios, a la Naturaleza y al Hombre; todos los antiguos sabios han aprendido en nuestra escuela, y ninguno ha aprendido jamás la sabiduría en otro lugar. Entre sus miembros, los hay que son habitantes también de otros mundos distintos de éste. Ellos están esparcidos por el universo entero pero un Espíritu Único es quien los une, y las diferencias de opiniones entre ellos no existen. Todos estudian un solo libro, y el método de estudio es para todos el mismo.

Nuestra sociedad se halla compuesta de Elegidos, o sea de aquellos que buscan la luz y que son capaces de recibirla, y aquel que posee la mayor receptividad para aquella luz, es nuestro Jefe. Nuestro punto de reunión es conocido intuitivamente por cada miembro, y fácilmente alcanzado por todos, importando bien poco el lugar en donde residan. Está muy cerca, y sin embargo se halla oculto a los ojos del mundo, y nadie puede en-



contrarlo como no sea un iniciado. Aquellos que están maduros, pueden entrar; aquellos que no lo están, tienen que esperar.

Nuestra orden tiene tres grados. Al primero se llega por el poder de la inspiración divina, al segundo por medio de la iluminación interior y al tercero y más elevado, gracias a la contemplación y la adoración. En nuestra Sociedad no existen ni disputas ni controversias, ni especulaciones, ni sofismas, ni dudas, ni escepticismos, y aquel a quien se le presenta la mejor oportunidad para hacer el bien, es el más feliz entre nosotros. Estamos en posesión de los misterios más grandes, y sin embargo, no somos ninguna Sociedad Secreta, porque nuestros secretos son un libro abierto para cada uno que se encuentre en disposición de leer en él. El secreto no es debido a tener nosotros poco deseo de enseñar; débese a la debilidad de aquellos que piden que se les enseñe. Nuestros secretos ni pueden ser comprados por dinero alguno ni pueden ser públicamente demostrados; son comprensibles únicamente por aquellos cuyos corazones son capaces de recibir sabiduría y amor fraternal y en quienes estos poderes han comenzado a despertar.

Aquel en quien el fuego sagrado ha comenzado, es feliz y está contento. Él percibe la causa de las miserias humanas y la necesidad inevitable del mal y de los sufrimientos; su visión clara le permite ver el fundamento

de todos los sistemas religiosos y reconoce a estos últimos como modificaciones de verdades relativas, que no han entrado todavía en equilibrio gracias a no haber obtenido aún los conocimientos necesarios para ello.

La humanidad vive en un mundo de símbolos, cuya significación no es comprendida todavía por muchos; pero se acerca el día en que el espíritu viviente que encierran estos símbolos, será conocido en general y revelados los sagrados misterios. Perfecto conocimiento de Dios, perfecto conocimiento de la naturaleza y perfecto conocimiento del hombre, son las tres luces que sobre el altar de la verdad iluminan el santuario del templo de la sabiduría

Existe sólo una religión fundamental y una fraternidad universal tan sólo. Formas externas, sistemas y asociaciones religiosas, todo son cáscaras bajo las cuales una porción de la verdad permanece oculta, y estas cosas externas son únicamente verdaderas en la medida en que representan las verdades que en su interior encierran. Son necesarias para todos aquellos que no han obtenido todavía el poder de reconocer la verdad invisible e informe, a menos que un símbolo la represente, y el hacerles comprender poco a poco que la verdad, aunque para ellos invisible, existe, es dar lugar a que en ellos nazca esta creencia que servirá a manera de base desde la cual su fe, o sea su conocimiento espiritual, podrá comenzar a



desenvolverse; pero si las formas externas de un sentimiento religioso representan verdades internas que no existen en aquel sistema, entonces no representan más que mojigangas desvergonzadas. Existen tantos errores como formas y teorías existen, porque las teorías pueden ser sólo relativamente ciertas, y siendo infinita la verdad absoluta, no puede ser circunscrita a una forma limitada. Los hombres han tomado equivocadamente la forma por el espíritu, el símbolo por la verdad, y de esta equivocación han brotado errores infinitos. Estos errores no pueden ser corregidos por medio de denuncias, ni con ardientes controversias, ni asumiendo una actitud hostil contra aquellos que viven en el error; las tinieblas no pueden ser desvanecidas combatiéndolas con armas; es la luz quien acaba con ellas, y allí donde entra el saber, cesa la ignorancia.

En este siglo presente, que acaba de comenzar, aparecerá la luz... Cosas ocultas durante siglos serán conocidas, muchos velos serán descorridos, y será revelada la verdad que existe en la forma y más allá de ella; la humanidad como un todo se acercará más a Dios. No podemos decirte ahora por qué tendrá lugar esto en este siglo; nos limitaremos únicamente a decir que para cada una de las cosas existe su tiempo y su lugar correspondiente, y que todas las cosas en el Universo se hallan reguladas por una ley divina de orden y de armonía. Pri-

mero vino el símbolo que contenía la verdad, vino después la explicación del símbolo, y después de esto, la verdad misma será recibida y conocida; no de otra manera a un árbol se le ve y se le percibe después que de la semilla ha brotado, siendo la semilla el símbolo en el cual su entero carácter permanecía sintetizado. Nuestro deber es prestar ayuda al nacimiento de la verdad, y abrir las cáscaras en las cuales la verdad se halla contenida, reavivando en todas partes los jeroglíficos muertos. Hacemos nosotros esto, no por nuestro propio poder, sino gracias al poder de la Luz, que obra en nosotros a manera de instrumento.

Nosotros no pertenecemos a secta alguna, no tenemos otra ambición que satisfacer, no deseamos ser conocidos, ni somos de aquellos a quienes disgusta el presente estado de cosas en el mundo y que desean gobernar para imponer sobre la humanidad sus opiniones. No existe persona ni partido alguno que influya sobre nosotros, ni esperamos premio personal por nuestros trabajos. Poseemos una Luz, que nos permite conocer los misterios más profundos de la Naturaleza, y un Fuego poseemos que es el que nos alimenta, y por medio del cual podemos obrar sobre todas cuantas cosas en la naturaleza existen. Poseemos las claves para todos los secretos, y el conocimiento del lazo que une nuestro planeta con los otros mundos. Nuestra ciencia es una Ciencia Universal, porque abraza el universo entero, y su historia comienza con el día primero de la creación. Estamos en posesión de todos los antiguos libros de sabiduría. Todo en la naturaleza se halla sujeto a nuestra voluntad, porque nuestra voluntad es una con la del Espíritu Universal, que es la potencia motriz del universo entero, y el origen eterno de toda vida. No necesitamos de informe alguno, ya sea de hombres, ya sea de libros, porque tenemos el poder de percibir todo cuanto existe, y el de leer en el libro de la naturaleza, libro en el cual no existen errores. En nuestra escuela se enseña todo, porque la Luz que ha producido todas las cosas es nuestro Maestro.

Podemos hablarte de lo más maravilloso que conocemos nosotros, lo cual está tan por completo fuera del alcance aun del filósofo más erudito de nuestros tiempos como lo está el Sol de la Tierra; pero que está tan cercano a nosotros como lo está la luz del espíritu del cual emana; pero no es nuestra intención el excitar tu curiosidad. Deseamos crear dentro de ti la sed de sabiduría y el hambre de amor fraternal, a fin de que puedas abrir tus ojos a la luz, y contemplar por ti mismo la verdad divina. No nos corresponde a nosotros el acercarnos a ti y abrir tu entendimiento; es el poder de la verdad misma el que entra en el corazón; es el desposado divino del alma quien llama a la puerta, y muchos son los que no lo

quieren admitir porque se encuentran sumidos en las ilusiones de la existencia externa.

¿Deseas llegar a ser un miembro de nuestra Sociedad? Si es así, penetra en tu corazón. ¿Deseas conocer a los Hermanos? Si es así, aprende a conocer a la divinidad manifestándose por si misma dentro de tu propia alma. Busca dentro de ti aquello que es perfecto, inmortal y no está sujeto a cambio alguno, y cuando lo hayas encontrado, habrás entrado en nuestra Sociedad y nos conocerás a nosotros. En nuestro círculo no pueden admitirse imperfecciones de ningún género, y antes de que puedas entrar en él tienes que arrojar de ti todas las imperfecciones de tu naturaleza. Los elementos corruptibles de tu interior deben ser consumidos por el fuego del Amor Divino. Debes ser bautizado con el agua de la verdad, y estar revestido de una sustancia incorruptible que es producida por pensamientos puros. El interno sensorium debe ser abierto a la percepción de las verdades espirituales, e iluminada la mente por la sabiduría divina. Entonces se desarrollarán dentro de tu propia alma grandes poderes, ahora para ti desconocidos, y podrás entonces vencer el mal. Tu entero ser será restaurado y transformado en un ser de luz, y tu cuerpo servirá de mansión para el espíritu divino.

Preguntas tú, ¿cuáles son nuestras doctrinas? No tenemos ninguna para proclamar, porque cualquiera



que sea la que presentemos, no puede ser para ti más que una opinión dudosa, durante tanto tiempo como carezcas del conocimiento de ti mismo. Este conocimiento tiene que ser obtenido por medio de la instrucción externa y debe ir desarrollándose dentro de ti mismo. Interroga al espíritu divino en tu interior, abre tus sentidos internos a la comprensión de lo que dice, y contestará a tus preguntas. Todo cuanto podemos hacer es darte algunas teorías para que las consideres y examines. No para que las creas meramente porque proceden de nosotros, sin examinarlas antes y quedar de ellas satisfecho, sino para que puedan servirte a manera de jalones y señales durante tus excursiones por el laberinto del examen propio.

Una de las proposiciones que deseamos someter a tu consideración es que la humanidad, como un todo, no será feliz de un modo permanente hasta que haya absorbido el espíritu de la sabiduría divina y del amor fraternal. Cuando esto tenga lugar, las coronas de los que rigen el mundo serán razón pura y no adulterada, sus cetros serán amor; serán ungidos con poder para libertar a los pueblos de la superstición y de las tinieblas, y las condiciones externas de la humanidad mejorarán después de que haya tenido lugar el perfeccionamiento interno. La pobreza, el crimen y la enfermedad desaparecerán entonces.

Otra proposición es que una de las causas por las que no son los hombres más espirituales e inteligentes, se debe a la grosería y densidad de las partículas materiales que componen sus cuerpos, que impiden la libre acción del elemento espiritual en ellos contenido, y que cuanto más groseramente vivan, y cuanto más se dejen dominar por los placeres sensuales, animales y semianimales, tanto menos serán capaces de lanzarse en pensamiento a las regiones superiores del mundo ideal y de percibir las eternas realidades del espíritu. Mira las formas humanas que por las calles encuentras; repletas de carne llena de impurezas animales y con el sello de la intemperancia y de la sensualidad impresos en sus rostros, y pregúntate a ti mismo, si están o no adaptadas para las manifestaciones internas de la sabiduría divina.

También decimos nosotros que espíritu es sustancia, realidad. Sus atributos son: indestructibilidad, impenetrabilidad y duración. Materia es una agregación, que produce la ilusión de la forma; es divisible, penetrable, corruptible, y está sujeta a cambios continuos. El reino espiritual es un mundo indestructible actualmente existente, cuyo centro es el Cristo (el Logos) y sus habitantes son poderes conscientes e inteligentes; el mundo físico es un mundo de ilusiones, que no contiene verdad absoluta alguna. Cada una de las cosas existentes dentro del mundo externo son sólo relativas y fenoménicas; es



este mundo, por decirlo así, la pintura sombría del mundo interno y real, producida por la luz del espíritu viviente que obra en el interior y en el exterior de la materia animada.

La inteligencia inferior del hombre toma sus ideas prestadas del reino siempre inestable de lo sensual, y hállase, por lo tanto, sujeta a un cambio continuo; la inteligencia espiritual del hombre, o sea su intuición, es un atributo del espíritu, y por lo tanto inmutable y divina. Cuanto más etéreas, refinadas y movibles sean las partículas que el organismo físico del hombre constituyen, con tanta mayor facilidad penetrará en ellas la luz divina de la inteligencia y la sabiduría espiritual.

Un sistema racional de educación tiene que fundarse en un conocimiento de la constitución física, psíquica y espiritual del hombre, y será únicamente posible el día en que sea conocida por completo la entera constitución del hombre, y no meramente el aspecto material de la misma, sino además su aspecto espiritual. El aspecto externo de la constitución humana puede ser estudiado valiéndose de métodos externos, pero el conocimiento de su organismo invisible puede sólo ser obtenido por medio de la introspección y del estudio de sí mismo. El más importante consejo que tenemos para darte es, por lo tanto;

## APRENDE A CONOCER TU PROPIO YO

Las proposiciones anteriores son suficientes para que las medites y examines a la luz del espíritu, hasta que recibas más enseñanzas.

∞∞ ▽ ∞∞



## Referencias

1. Se dice que aquellos Hijos de Manu, *Nacidos de la Mente* que no procrearon, y cuya misión fue instruir a la humanidad, formaron la primera Sociedad Oculta, y que todos los Adeptos, desde entonces, trazan su descendencia a uno y a otro de los *Hijos de la Mente del Primer Señor*.

## Séptimo Comentario de un Filósofo Desconocido

Eckartshausen estableció que el hombre vive en las tinieblas, pero desde el principio matiza aclarando que la razón le revela que una naturaleza superior dormita en su fuero interno. «un rayo luminoso penetra a través de la nube de las tinieblas, pero no ilumina todavía, en toda su pureza, nuestra razón y nuestro corazón». Ese rayo luminoso, por supuesto, no puede provenir sino de la Luz del mundo, Jesucristo, que debe edificar su Iglesia interna en el corazón del hombre.

Para lograrlo, Eckartshausen nos enseña que hay dentro de nosotros un «ojo» dispuesto para percibir esa luz, pero que después de la caída en el mundo material de los cinco sentidos, este ojo se cerró, ocultándole, con una nube que le es necesario disipar, el templo que debe recibirle: «Quien conoce ese órgano y sabe la manera de apropiárselo o entrar en contacto con él, posee el poder mágico sobre la naturaleza entera».

«En los dominios de la naturaleza material y corruptible, la mortalidad esconde la inmortalidad; así, la materia corruptible y perecedera es la causa de nuestro estado miserable. Para que el hombre sea liberado de esa aflicción, es necesario que el principio inmortal e inco-

rruptible que está en su interior se exteriorice y absorba el principio corruptible, a fin de que la envoltura de los sentidos sea destruida y que el hombre pueda aparecer en su pureza original».

Hay tres grados sucesivos en la apertura de nuestro sensorium espiritual:

1. El primero sólo nos eleva hasta el plano moral y al mundo trascendental, y opera en nosotros a través de impulsos interiores llamados inspiraciones.

2. El segundo grado, que es más elevado, abre nuestro sensorium para recibir lo espiritual y lo intelectual; en este grado, el mundo metafísico actúa en nosotros a través de iluminaciones interiores.

3. El tercer y más alto grado, abre totalmente al hombre interior. Nos revela el reino del espíritu y nos hace susceptibles de experimentar, objetivamente, las realidades metafísicas y trascendentales.

Así como en la Séptima Carta, la Hermandad nos dice, nuestra orden tiene tres grados:

1. Al primero se llega por el poder de la inspiración divina,

2. Al segundo por medio de la iluminación interior y

3. Al tercero y más elevado, gracias a la contemplación y la adoración



¿Deseas llegar a ser un miembro de nuestra Sociedad? Si es así, penetra en tu corazón. ¿Deseas conocer a los Hermanos? Si es así, aprende a conocer a la divinidad manifestándose por sí misma dentro de tu propia alma. La humanidad, como un todo, no será feliz de un modo permanente hasta que haya absorbido el espíritu de la sabiduría divina y del amor fraternal. Una de las causas por las que no son los hombres más espirituales e inteligentes, se debe a la grosería y densidad de las partículas materiales que componen sus cuerpos, pues espíritu es sustancia, realidad. Sus atributos son: indestructibilidad, impenetrabilidad y duración. La inteligencia inferior del hombre toma sus ideas prestadas del reino siempre inestable de lo sensual, y háyase, por lo tanto, sujeta a un cambio continuo; la inteligencia espiritual del hombre, o sea su intuición, es un atributo del espíritu, y por lo tanto inmutable y divina.

Un sistema racional de educación tiene que fundarse en un conocimiento de la constitución física, psíquica y espiritual del hombre, y será únicamente posible el día en que sea conocida por completo la entera constitución del hombre, y no meramente el aspecto material de la misma, sino además su aspecto espiritual.

En el corazón del templo, que también es el centro de toda circunferencia operativa, arde el fuego nuevo, cuya luz creada, según prescripciones muy precisas, simboliza el Espíritu.

Sigamos en este particular la lección de Saint-Martin: «Las formas son el asiento del vehículo de fuego

que las anima, sobre ellas es donde ejerce todas las facultades innatas en él; este vehículo sirve él mismo de asiento a un espíritu elemental que le acciona y le dirige para llevarle a producir su efecto; este espíritu elemental no actúa sino por orden de un espíritu superior y éste por orden de la Divinidad. El espíritu elemental es pues el asiento del espíritu superior, y por la misma razón el espíritu superior es el asiento de la Divinidad. Encontramos perfectamente en nosotros esta cadena y esta armonía. Esto es lo que debe hacernos concebir la razón y la utilidad del fuego nuevo en los trabajos. Este fuego no es, así como toda especie de vehículo, sino un asiento y el receptáculo de un espíritu; pero como no nace ni un solo ser corporal que no esté rodeado enseguida por un espíritu malo, se saca un fuego nuevo que no haya sido todavía manchado, se le preserva incluso de la mancha con la intención, la palabra y el ceremonial, y por este medio este fuego llega a ser el asiento de un espíritu bueno que nos sostiene, nos ilumina y nos dirige en nuestras operaciones».[1]

«Venid -dice la oración del fuego nuevo- espíritu santo, rodead el fuego que os es dedicado para ser vuestro trono dominante sobre todas las regiones del mundo universal. Dominad según mi pensamiento, en mí muy particularmente y en los prosélitos reunidos aquí conmigo; alejad de este círculo todo espíritu de error, de prevaricación y discordia, para que nuestras almas puedan aprovecharse del fruto de los trabajos que la Orden da a todos aquellos que son dignos de ser penetrados por vosotros».[2]



¿En qué consiste el órgano de percepción de la verdad? ¿Qué hace al hombre capaz de recibirla? La simplicidad del corazón; pues la simplicidad sitúa el corazón en una posición adecuada para recibir con pureza, el rayo de la razón, que organiza el corazón para recibir la luz. Desarrollar el sensorium es «la verdadera edificación del templo» que consiste en destruir la miserable cabaña adámica y construir el templo de la divinidad. Cuantos más órganos tiene un cuerpo para la recepción, desarrollo y propagación de influencias diversas, más rica y perfecta es su existencia, pues tiene mayor potencial vital. La apertura de este sensorium espiritual es el misterio del hombre nuevo, el misterio de la regeneración y de la unión más íntima del hombre con Dios; éste es el fin más elevado de la religión, aquí abajo, de esta religión cuyo fin más sublime es unir a los hombres con Dios, en espíritu y verdad.

Nuestro mundo sigue siendo el Paraíso, y así se nos mostraría si supiésemos verlo, si nuestros ojos fueran nuevos. Pero se trata también de un lugar tenebroso. El ser humano vive «en un mal albergue», escribe Jakob Böhme, lo que recuerda a Santa Teresa: la vida es una mala noche en una mala posada. Pero, en la superación está la alegría, he aquí una de las claves de la doctrina de Böhme. Cada uno de nosotros lleva en sí mismo, afirma, el paraíso y el infierno, su propio Dios y su propio Satán. Esto me hace evocar el célebre pasaje, antes citado, de Lao-Tsé: «Todos los seres llevan a espaldas la sombra y en brazos la luz».[3]

«En mí mismo estará el paraíso: todo lo que Dios Padre tiene y es, debe aparecer en mí, como una forma o figura del divino mundo esencial».[4] Aquí se prefigura a Ángel Silesio. Tenemos el poder de transformar la naturaleza y de cambiar el mal en bien («und das Böse in ein Gutes zu setsen») en la medida en que nosotros mismos antes nos hayamos transformado. Realizando el ser humano lo que tiene de más personal y profundo es como alcanza su propia perfección y su meta: encarnar y expresar a Dios:[5] «Die Sele mag nicht Gott sehen, als nur in ihrer neugeborenen Bildniss, nur durch und in Jungfrau Sophien» [El alma no puede ver a Dios si no es en su imagen renacida, solamente en y a través de la virgen Sofía].[6]



## Referencias

1. Louis-Claude de Saint-Martin, "Instrucción sobre la sabiduría y a continuación instrucción sobre otro plano", publicado por Robert Amadou en Presencia de Louis-Claude de Saint-Martin, Tours, Sociedad "ligérienne de philosophie", 1986, p. 70.
2. Louis-Claude de Saint-Martin Op.Cit.
3. Tao Te Ching, 42
4. cf. *De Signatura Rerum*, XII, 13
5. Hemos venido a decir hasta ahora que, en la medida en que Dios posea una naturaleza y un cuerpo, puede engendrar la imagen del mundo, que de algún modo se le oponga. Este cuerpo mágico de Dios que lo expresa y lo encarna, al igual que para Böhme todo cuerpo expresa y encarna al espíritu, es también uno de los múltiples aspectos de la Sabiduría divina (cf. *Sex Puncta Mystica*, V, 11).
6. cf.*Mysterium Magnum*, LII, 10.

# Sobre la Orden Rosacruz AMORC

Esta obra ha sido publicada por la Gran Logia de la Jurisdicción de Lengua Española para Europa, África y Australasia de la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, mundialmente conocida bajo las siglas de *«AMORC»*. Está reconocida en todos los países donde tiene libertad para ejercer sus actividades como una Orden filosófica, iniciática y tradicional que desde hace siglos, perpetúa bajo forma escrita y oral, el Conocimiento que le han transmitido los sabios del antiguo Egipto, los filósofos de la Grecia antigua, los alquimistas, los templarios, los pensadores iluminados del Renacimiento y los espiritualistas más eminentes de la época moderna. También conocida bajo la denominación *«Orden de la Rosa-Cruz AMORC»*, no es una religión ni constituye un movimiento socio-político.

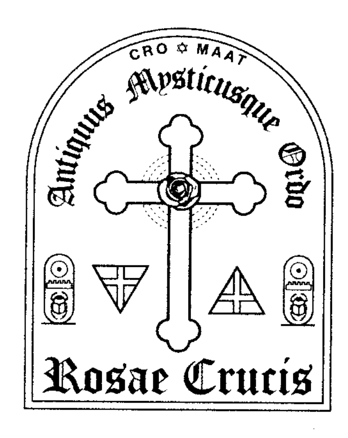
Siguiendo su lema *«La mayor tolerancia dentro de la más estricta independencia»*, la AMORC no impone ningún dogma, sino que propone sus enseñanzas a todos los que se interesan por lo mejor que ofrece a la humanidad el misticismo, la filosofía, la religión, la ciencia y el arte, a fin de que pueda alcanzar su reintegración física, mental y espiritual. Entre todas las organizaciones filosóficas y místicas, es la única que tiene derecho a utilizar la Rosa-Cruz como símbolo. En este símbolo, que no tiene ninguna connotación religiosa, la cruz representa el cuer-

po del hombre y la rosa, su alma que evoluciona al contacto con el mundo terrenal.

Si desea obtener información más concreta sobre la tradición, la historia y las enseñanzas de la AMORC puede escribir a la siguiente dirección y solicitar el envío del folleto titulado *«El Dominio de la Vida»*.

Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz
C/ Flor de la Viola 16 - Urbanización *«El Farell»*
08140 Caldes de Montbui
(Barcelona) ESPAÑA






**Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz**
Gran Logia Española

C/ Flor de la Viola 16 - Urb. *«El Farell»*
08140 Caldes de Montbui
Barcelona (España)

Tel.: 93.865.55.22
Fax: 93.865.55.24

www.amorc.es
info@amorc.es




Colección Rosa-Cruz

Ediciones Rosacruces, S.L.
Apdo. de Correos 199
08140 Caldes de Montbui
Barcelona (España)

Tel.: 93.865.55.22
Fax: 93.865.55.24

www.edicionesrosacruces.es
info@edicionesrosacruces.es